

# BO · LET · ÍN

Publicación del Laboratorio  
de estudios sobre  
empresas transnacionales

nueva época

número 12

septiembre de 2021

El Laboratorio de estudios sobre empresas transnacionales (LET, <http://let.iiec.unam.mx/>) forma parte del Observatorio Latinoamericano de Geopolítica ([www.geopolitica.iiec.unam.mx](http://www.geopolitica.iiec.unam.mx)), tiene su sede en el Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, y en él participamos:

Raúl Ornelas, IIEC  
Ana Esther Ceceña, IIEC  
Daniel Inclán, IIEC  
Juan Carlos Pérez, Programador  
Sandy Ramírez Gutiérrez, Posgrado de Estudios Latinoamericanos  
Cristóbal Reyes, ESE-IPN

Becarias y becarios:

Paola Jiménez de León  
Lorena Preciado  
Josué G. Veiga

Servicio social y prácticas profesionales:

Vania Valeria Álvarez Gaona  
Lilia Estela Avilés Aguilar  
Hanna Valeria Cortez Mancera  
María Fernanda Cuaxospa Peredo  
Laura Díaz Villamil  
Armando Fortuny Moreno  
Carlos Alberto Godínez Cuevas  
Yamilet Azucena Morales Fuentes  
Karen Lizeth Salazar Ramírez

La edición de este número se hizo de forma colectiva.

Todos los textos pueden ser citados libremente; invitamos a que se cite la fuente.

Todas las investigaciones fueron realizadas gracias al apoyo del Programa UNAM-DGAPA-PAPIIT IN303721. Agradecemos a la Dirección y la Secretaría Administrativa del IIEC el apoyo brindado para la publicación.

Ciudad Universitaria, septiembre de 2021.

## Contenido

<b>PRESENTACIÓN .....</b>	<b>3</b>
---------------------------	----------

### **BIFURCACIÓN Y COLAPSO DEL CAPITALISMO**

Aun cuando se equivoca, acierta. Notas sobre la pandemia y el pensamiento de Giorgio Agamben

<i>Daniel Inclán</i> .....	5
----------------------------	---

Frente al colapso. Militar a la sombra de las catástrofes

<i>Luc Semal</i> .....	26
------------------------	----

### **CORPORACIONES Y DESTRUCCIÓN DEL AMBIENTE**

Destrucción del ambiente, corporaciones transnacionales y conflictos socioambientales en México

<i>Paola Jiménez de León</i> .....	45
------------------------------------	----

### **EN SÍNTESIS**

<i>Vania Valeria Álvarez Gaona</i> .....	60
--	----

## Presentación

**M**ucho se ha dicho que la bifurcación sistémica es el tiempo de la incertidumbre. No obstante, a fuerza de hundirnos en las catástrofes de todo tipo y en todas las geografías, es posible reconocer algunas constantes. Si el año 2020 fue el año en que ocurrió lo imposible, un alto casi generalizado de la acumulación de capital, lo que llevamos de 2021 ha sido rico en ejemplos sobre los bucles de retroalimentación que caracterizan a la decadencia de los sistemas, así como a la aceleración de los tiempos históricos, una vez que las catástrofes se encadenan e incluso suceden de manera simultánea.

Así, las oleadas 3 y 4 de la pandemia de SARS-COV-2 se juntan con mega-incendios de magnitudes sin precedentes en Italia, Grecia, Turquía y el Noroeste estadounidense, por citar sólo los puntos más álgidos. Se obtienen mediciones de altas temperaturas, hasta niveles que hacen imposible la vida humana más allá del umbral de unas cuantas horas, junto con una escasez crónica y creciente de agua potable, combinación que dibuja uno de los escenarios más terribles de nuestro futuro próximo. La lista sigue, es larga (inundaciones, nuevas epidemias, terremotos, migraciones masivas, etc.), y se corona con el fiasco geopolítico del ejército y la presidencia de Estados Unidos en Afganistán, donde una ofensiva de los llamados “talibanes” hizo caer al régimen títere creado por el hegemón, como un castillo de naipes, a un ritmo que no previeron las potencias invasoras.

En este panorama es más urgente y más relevante que nunca, seguir indagando acerca de la trayectoria de la bifurcación del capitalismo, con la finalidad de reducir la incertidumbre y ayudar a generar conocimientos y propuestas que permitan hacer frente al colapso en curso. De eso nos hablan los artículos que incluimos en el número 12 de nuestro *Bo·LET·ín*.

El texto de Daniel Inclán resitúa uno de los debates más apasionados que dejó la pandemia de SARS-COV-2, originado en los polémicos textos de Giorgio Agamben. Se trata de una invitación a escuchar el mensaje principal de este filósofo: los poderes fácticos e institucionales están aprovechando la pandemia para instaurar mecanismos de control que serán difíciles de evadir, generando así una situación en que el autoritarismo sanitario entierra lo que quedaba de las maltrechas democracias europeas.

En segundo lugar, el texto de Luc Semal, profesor del Centro de ecología y ciencias de la conservación del Museo nacional de historia natural de Francia, propone una reflexión sobre el lugar del catastrofismo en el pensamiento y las movilizaciones ecologistas, apuntalando la hipótesis de un eventual colapso de la civilización contemporánea.

Paola Jiménez traza un panorama de los conflictos socio-ambientales en México propiciados por las actividades de grandes corporaciones. A partir de los datos del *Atlas de justicia ambiental*, la autora muestra actores, geografías y tipos de conflicto que tienen lugar en nuestro país.

La sección *En síntesis*, escrita en esta ocasión por Vania Álvarez, está dedicada a la alianza sino-rusa. Frente a las estrategias y acciones del hegemón, las dos grandes potencias han decidido cooperar en ámbitos que van desde lo militar hasta la exploración del espacio exterior.

Invitamos a que otr@s colegas y jóvenes investigadorxs se incorporen a este espacio y a que nuestr@s lectorxs dialoguen con los textos y l@s autorxs que acá presentamos. Nuestro correo electrónico: [let@iiec.unam.mx](mailto:let@iiec.unam.mx). Todas las investigaciones y la traducción fueron realizadas gracias al apoyo del Programa UNAM-DGAPA-PAPIIT IN-303721.

## Bifurcación y colapso del capitalismo

*Reflexiones sobre la trayectoria del sistema capitalista, su inminente bifurcación y los escenarios de futuro que enfrentan y construyen nuestras sociedades.*

Aun cuando se equivoca, acierta.

Notas sobre la pandemia y el pensamiento de Giorgio Agamben

Daniel Inclán\*

*Desgarrar el papel al escribir  
para que desde el comienzo  
asome por debajo el deterioro,  
el desgaste, el hundimiento  
al que debe someterse toda escritura.*

ROBERTO JUARROZ, 11 (*Octava poesía vertical*)

¿Qué papel puede tener la filosofía en un mundo en el que las opiniones organizan la inteligibilidad del mundo, por encima de los juicios críticos y las explicaciones? ¿En este contexto cuál es el estatuto de los análisis fundamentados en esquemas de interpretación? ¿En la época de la velocidad de las redes sociales y las comunicaciones interminables, cómo valorar las críticas de aquellas personas que toman el tiempo para tratar de decir algo sobre el mundo? Estas son sólo algunas de las preguntas que rodean el *affaire Agamben*, en torno a las reflexiones sobre la pandemia de COVID-19.

El 26 de febrero de 2020, el filósofo italiano Giorgio Agamben, redactó el primero de varios artículos en los que reconstruía piezas para formular una explicación

---

\* Investigador titular del IIEC-UNAM. Correo electrónico: [dinclan@iiec.unam.mx](mailto:dinclan@iiec.unam.mx).

sobre la recién declarada pandemia de COVID-19. Sus intervenciones en el sitio *Quodlibet*, tituladas desde 2017 “Una voce”, fueron el espacio para intervenir en el debate político sobre las disposiciones sanitarias que se prefiguraban como nuevas formas de gestión de poblaciones y control de territorios a escala planetaria.<sup>1</sup> Su primer trabajo, con el polémico título “La invención de una pandemia”, seguido de los textos del 11 y 17 de marzo, titulados “Contagio”, y “Aclaraciones”, sirvieron para que un conjunto heterogéneo de personas enfilara sus críticas a las afirmaciones del filósofo.

La mayoría de las invectivas ubicaron a Agamben dentro del terreno de los conspiracionistas e irracionales o de los presentadores de noticias desconcertados o de los escepticistas dogmáticos. Sus colegas filósofos aprovecharon para desacreditar el trabajo de Agamben. En el marco de este debate, qué es lo que está en juego: afirmaciones apresuradas de un filósofo famoso o la incapacidad de la filosofía para pensar una época convulsa como la que vivimos o los errores de lectura de una cadena de argumentos o la necesidad de afirmaciones que pongan en el centro la incuestionable “emergencia sanitaria” y dejen para después las reflexiones sobre lo que produce la pandemia.

A más de un año de iniciada la polémica, es posible superar el “calor” del debate y pensar la importancia de las afirmaciones de Agamben, reconocer sus límites y volver a preguntarse sobre el sentido del saber crítico en tiempos convulsos. En este trabajo haremos un breve recorrido del debate generado a partir de los primeros textos de Agamben sobre la pandemia. Seguido presentaremos, en el marco del pensamiento del filósofo italiano, los elementos centrales de su interpretación.

---

<sup>1</sup> Las intervenciones se encuentran en el sitio <https://www.quodlibet.it/una-voce-giorgio-agamben>. En castellano hay varias traducciones, el sitio <https://artilleriainmanente.noblogs.org/> las tiene agrupadas, agregando entrevistas que realizó sobre el mismo tema en otros medios. Las citas que se usarán en este texto se toman de la edición argentina del libro *¿En qué punto estamos? La epidemia como política*.

## La polémica y la descalificación

En el siglo XXI, el dominio de la opinión pública y de las personas que opinan, los opinólogos, radicaliza lo que Jürgen Habermas (2004) documentó como una de las invenciones burguesas más importantes para consolidar su proyecto cultural: la opinión. Un proceso de doble condición; por un lado, la posibilidad de hacer uso del espacio público para decir cosas sobre él sin la necesidad de contar con las credenciales hasta entonces autorizadas para ello; por otro lado, representa la posibilidad de “acreditar” la cualidad de una persona, una geografía o una cosa, al ser objeto de una “buena opinión”. Hoy opinar no es sólo una posibilidad, sino un mandato; las personas están obligadas a decir cosas sobre el mundo, sobre la vida de las demás personas, sobre lo que no conocen pero perciben, sobre lo que esperan, etc. El mandato de opinar configura los circuitos de la información, las maneras de apropiación y los mecanismos de validación; al tiempo que define qué es lo que vale y lo que importa.

La era de la opinión realiza plenamente aquello que Protágoras afirmaba hace 25 siglos: que la medida de todas las cosas es el hombre, porque lo que siente y piensa cada *hombre* (recalco el masculino de la idea) es verdadero por el simple hecho de ser pensado y sentido. De esta manera la opinión vale lo mismo que un juicio y una explicación; la *doxa* tiene el mismo estatuto que el saber y el conocer. Lo opinado es real, lo real es opinado. Se define así también la manera de leer y discernir acerca de los esfuerzos analíticos y sobre las necesidades de producir conocimiento crítico a partir de estructuras de pensamiento. La polémica, ese viejo y olvidado arte de la disputa del sentido de las ideas, se reduce a la descalificación, a la simplificación *ad hominem* de los argumentos alrededor de las declaraciones controvertibles y la omisión de la estructura argumental.

De lo que no se puede deducir que la opinión es falsa por ser opinión ni que las explicaciones y juicios son verdaderos por pertenecer al saber y al conocer. Las opiniones pueden ser certeras, así como equívocos los mecanismos del saber. Pero no tienen el mismo estatuto, porque son resultado de procedimientos distintos, con independencia de lo acertado o fallido de sus resultados. En el caso de las explicaciones y los juicios, no sólo importa si dicen lo correcto, sino el mecanismo que siguen para formular sus afirmaciones.

En este escenario es que se inscriben los debates sobre los análisis de Agamben en torno a la pandemia, reducidas, en la mayoría de los casos, a meras opiniones de un filósofo. Las respuestas al texto publicado por Agamben a finales de febrero de 2020, se centraron en las frases iniciales, aquellas en las que se afirmaba: “ante las frenéticas, irracionales y por completo injustificadas medidas de emergencia por una supuesta epidemia debida al coronavirus”. Estas ideas continuaban con lo que en ese momento afirmaba el Consejo nacional de investigación italiano, que a su vez reproducía, en términos generales, las afirmaciones que la Organización mundial de la salud emitía, en las que se afirmaba que la enfermedad originada por el virus del SARS-COV-2 era muy similar a las de una gripe común y que entre 2 y 4% de los enfermos requerían atención de cuidados intensivos.

La primera crítica la realizó Jean-Luc Nancy (2020), quien desplazó la idea de Agamben al afirmar que “hay una especie de excepción viral –biológica, informática, cultural– que nos pandemiza”. El contexto viral se presenta como un proceso automático, en el que los gobiernos son “tristes ejecutores”, casi actores involuntarios de una dinámica que les excede; por lo que apelar a la excepción, que deviene norma, es más “una distracción que una reflexión política”.

El filósofo italiano Roberto Esposito (2020), siguiendo la crítica de Nancy, se concentra en las afirmaciones con las que se abre el texto de Agamben. Para Esposito, que también desarrolla en su pensamiento la teoría de la biopolítica, lo que afirma Agamben es exagerado y sin perspectiva histórica, confundiendo las “noticias recientes” con “los procesos de largo plazo”. Los tres siglos de medicalización de la política y politización de la medicina representan en el caso de la emergencia sanitaria por la COVID-19 la descomposición de los poderes públicos, más que una deriva totalitaria.

En contra de Agamben y de Esposito, Mauricio Lazzarato (2020) presenta una lectura de la primacía absoluta del Capital. Según él, si es que alguna vez existió la biopolítica, ésta está por completo subordinada al Capital, que engulló al estado y todas las formas de gobierno. Por lo que no tiene sentido hablar de estado de excepción.

Para Slavoj Žižek (2020) la interpretación de Agamben carece de asidero, ya que para la trayectoria del capitalismo no tiene sentido promover pánico, acompañado de desconfianza en el poder estatal, además de perturbar la “buena reproducción capitalista”. La crisis provocada por la pandemia no es de interés para el capital y los poderes estatales para “revitalizar su reinado”. A lo que suma la crítica sobre el sacrificio que esgrime Agamben, apelando a la necesidad de cuidados colectivos de cercanía, como el hecho de que sus hijos no lo visiten para no contagiarlo.

Anastasia Berg (2020) también se sumó a la crítica a Agamben, para ella el filósofo italiano representa “el colapso de la teoría en paranoia”. Agamben, según la joven filósofa, desacierta al preguntarse por el sacrificio, ya que olvida cuestionarse qué se sacrifica y por qué. Para Berg la respuesta son los seres queridos, más que la simple sobrevivencia. Se acepta el sacrificio para cuidar y para poder reencontrarse en un tiempo futuro. Cuando Agamben afirma que “si bien en el pasado hubo epidemias

más graves, a nadie se le había ocurrido declarar por ese motivo un estado de emergencia como el actual”, según Berg, también se equivoca. Ella, siguiendo los estudios de Michel Foucault dice que en el siglo XVII los preparativos para enfrentar la peste incluían restricciones de movilidad entre ciudades y dentro de ellas.

Estas son sólo algunas de las críticas más difundidas. Todas coinciden que Agamben falló su lectura, incluso que exageró, que se adelantó haciendo pronósticos apocalípticos, que son meras especulaciones. Para otras personas las “opiniones” de Agamben son muestra clara de su rechazo dogmático a toda medida institucional. No faltó quien afirmó que esas fallas estaban presentes en todo su pensamiento, que sus métodos de interpretación fuerzan comparaciones y deshistorizan los procesos.

También se sumaron la descalificación de quienes defienden los saberes expertos, “diagnósticos y especulaciones cuidadosas”, por sobre “boconadas” que se liberan de la “molestia de mostrar evidencia irrefutable sobre una confabulación”, como afirma el sociólogo y comunicólogo Silvio Waisbord (2020). Para él, Agamben, “mediante piruetas discursivas”, se acerca más a Donald Trump y Jair Bolsonaro que a los estudios serios. Es insostenible la idea de una excepción a partir de la pandemia, ya que “el gran capital global atravesaba un espléndido momento en la última década”, por lo que nada justifica una nueva crisis.

A más de un año de iniciada la polémica, varias de las apresuradas críticas a Agamben tendrían que ser replanteadas; así como algunas de las primeras afirmaciones del filósofo italiano. Agamben erró en sus inaugurales planteamientos, pero acertó en su interpretación del proceso. Su análisis sagaz de la realidad contemporánea tratabilló al verse rebasado por la velocidad y magnitud de la pandemia, al sostenerse en

ambiguas y evanescentes afirmaciones “médicas” sobre la complejidad de la emergente enfermedad respiratoria. Confió demasiado en los discutibles argumentos especializados. También se obstinó en defender el argumento inicial de la baja incidencia de contagios y muertes por COVID-19, sin reconocer que eso se debe en gran medida a las draconianas medidas sanitarias. Pero su lectura general del proceso ha demostrado ser correcta con el paso de los meses y con la prolongación indefinida de las medidas de confinamiento.

### **No son opiniones, es una estructura de pensamiento**

Agamben, a pesar de errar en sus apreciaciones epidemiológicas y médicas (aunque rápidamente señaló que no es médico, ni virólogo, ni epidemiólogo), ha formulado una de las explicaciones más consistentes del fenómeno que enfrentamos. A pesar de no reconocer la dimensión médica del problema y la diversidad de condiciones geográficas y culturales, logró formular un análisis que da cuenta de la dimensión política de la pandemia. Demostró que son complementarias la excepción con el hecho de que enfrentar la pandemia de otra forma es imposible. No es un adivino del futuro. Su acierto se debe a que su lectura se inscribe en una filosofía, que durante más de cincuenta años ha construido.

Sus textos sobre la pandemia, como en general sus trabajos de divulgación, presentan diferentes posibilidades de lectura, incluso sin conocer su obra, es posible entender los puntos fundamentales de su argumento, aunque para discutir la estructura

que los sostiene se requiere ir a su amplia obra, entre ellos sus exposiciones de método. Todas las lecturas requieren un esfuerzo de atención y comprensión, con independencia de saber algo más de su producción.<sup>2</sup>

Agamben define, en los trabajos sobre el método agrupados en el libro *Signatum rerum*, su investigación como un trabajo arqueológico, que opera por paradigmas. Su interés no es encontrar el origen de las cosas, ni exponer su continuidad cronológica, sino producir la inteligibilidad de un conjunto de fenómenos vinculándolos mediante operaciones analógicas.

El paradigma es una forma de conocimiento ni inductiva ni deductiva, sino analógica, que se mueve de la singularidad a la singularidad.

Neutraliza la dicotomía entre lo general y lo particular, sustituye la lógica dicotómica por un modelo analógico bipolar.

El caso paradigmático deviene tal suspendiendo y, a la vez, exponiendo su pertenencia al conjunto, de modo que ya no es posible separar en él ejemplaridad y singularidad.

El conjunto paradigmático no está jamás presupuesto a los paradigmas, sino que permanece inmanente a ellos.

No hay, en el paradigma, un origen o una *arché*: todo fenómeno es el origen, toda imagen es arcaica.

La historicidad del paradigma no está en la diacronía ni en la sincronía, sino en el cruce de ambas (Agamben, 2018: 44).

En el procedimiento arqueológico lo que importa de los fenómenos sociales no son sus datos cronológicos, sino su emergencia en el presente. Es en esta emergencia donde opera el método arqueológico, aquí los paradigmas no son fenómenos totalizantes, ni universales; son los procesos que organizan y modifican el sentido de los

---

<sup>2</sup> Tal vez en estas derivas genealógicas, que a muchas personas aburren o molestan, es donde anuda parte de la incomprensión y la descalificación. En un mundo de opinión de 128 caracteres y de videos de 60 segundos se vuelven irrelevantes las explicaciones arqueológicas del tiempo presente. Todo aquello que obligue a una atención mayor es en automático equívoco, a los más que se prestará atención son a las frases iniciales. No es casualidad que en ellas se hayan concentrado la mayoría de las críticas al primer texto de Agamben.

otros hechos singulares. En el paradigma se sintetizan tiempos pretéritos de distinta naturaleza y abre escenarios de continuidad sincrónica con distintas configuraciones. Por ejemplo, el paradigma del campo de concentración como espacio y tecnología de gobierno, es resultado de ejercicios de control de cuerpos y espacios producidos en el siglo XIX e inicios del XX, continuó como dispositivo de gobierno más allá del régimen nazi. Este paradigma no implica una presencia física en todas las geografías y en todos los tiempos, sino un tipo de acción que configura de cierta manera las interacciones sociales bajo el principio de la excepción que incluye mediante la exclusión. El paradigma no es reductible a una forma (en el caso del campo de concentración, la estructura edilicia), es una lógica de organización de las formas.

Es en la “emergencia” de la pandemia en la que Agamben pone en operación su estrategia arqueológica, encontrando la inteligibilidad de ese conjunto paradigmático que representan los sucesos de los últimos 18 meses. Sus trabajos no son predictivos, ni simples opiniones. En cada uno de sus textos y sus entrevistas presenta esos paradigmas que definen la trayectoria política de la pandemia, no como un resultado autónomo, sino como parte de una “gran transformación” de las formas de gobierno (que no hay que reducir a los gobiernos en turno). Lo que intenta es demostrar la dimensión política de la pandemia.

¿Qué paradigmas hacen inteligible la pandemia como proceso político? ¿Qué corte entre diacronía y sincronía se produce? ¿Qué formas se reorganizan, qué formas se crean? En principio, hay una repetición de la excepción moderna, pero que se presenta como una diferencia radical; los esquemas de la democracia burguesa anuncian su caducidad, abriendo paso una nueva configuración política: la bioseguridad. Los estados de seguridad a finales del siglo XX encontraron en la imagen ambigua del terrorismo y su amenaza constante un argumento de control, su transformación du-

rante la pandemia configuró al virus (y los que están por venir) como el peligro absoluto que da legitimidad a su presencia y funcionamiento. Es en esta mudanza donde hay que buscar las explicaciones sobre la utilidad de la excepción en el contexto de la pandemia, que no puede reducirse a un proyecto planeado y prefigurado de antemano, sino a la definición de los nuevos dispositivos de gobierno, en los que se definen los escenarios de ejercicio del poder (y, podríamos agregar al esquema de Agamben, también se redefinen los espacios de la valorización y la concentración de la ganancia). No es la ejecución de un plan, es un proceso en el que se emprenden “reformas radicales de las estructuras administrativas, militares y económicas”. En este escenario se anuncia una transformación del orden capitalista, que para poder continuar existiendo tiene que renunciar a varias de sus realizaciones civilizatorias. “Luego de que la política fuera sustituida por la economía, ahora también esta última deberá integrarse, para poder gobernar, al nuevo paradigma de bioseguridad por el cual deberán sacrificarse todas las demás exigencias”. Lo que abre una dialéctica renovada de la valorización, que a su vez echa mano de la bioseguridad; al tiempo que la definición de los contenidos concretos de ésta delimita algunos de los procesos de valorización, incluidos escenarios aparentemente “suicidas” como la reducción del flujo de personas consumidoras y de la circulación de mercancías. Lo que permite la consolidación y concentración de espacios estratégicos de la producción, así como la consolidación y concentración de dispositivos de ejercicio de poder a escalas planetarias.

Junto con la excepción, perdura la primacía de la *nuda vida*, sólo que en la pandemia modifica sus sentidos y sus materializaciones. La vida desnuda que se producía en el campo de concentración mantenía un umbral de resistencia, en la medida que las personas que se incluían en el campo mediante su exclusión de la sociedad no participaban de manera afirmativa en el proceso, lo hacían contra su voluntad. Incluso en aquellos casos de “cooperación”, el vínculo era estratégico no asuntivo. Del otro

lado, estaban quienes para sobrevivir negaban su vida, los musulmanes, aquellos muertos en vida. La disolución de hecho y derecho que opera en la excepción de los campos de concentración se vuelve una forma positiva en el contexto de la pandemia, que a diferencia de los campos no une a las personas, sino que las aparta. La lógica de la separación es la guerra. “El ciudadano se ha convertido en el objeto pasivo de cuidados, controles y sospechas de todo tipo. La pandemia ha demostrado sin dejar lugar a dudas que el ciudadano se reduce a su existencia biológica desnuda. De este modo, se acerca a la figura del refugiado hasta casi confundirse con ella [...] Se diseña así una nueva guerra civil, en la cual el enemigo es, como el virus, interno al cuerpo propio. Y, como suele ocurrir cada vez que aquellos que combaten entre sí se vuelven demasiado similares, la guerra civil se hace aún más feroz y sin tregua posible”. La vida desnuda en la pandemia logra una separación total y positiva de los contenidos “espirituales” (culturales) de la sobrevivencia biológica, el cuerpo desprovisto de contenidos históricos que hay que defender, que hay que cultivar, es reducido a un cuerpo condenado a vivir saludablemente.

Por otro lado, el estado de bioseguridad transforma los paradigmas de la gubernamentalidad. Entre ellos, la religiosidad del capital se amplía, presentando a la salud y la ciencia como dos caras de la renovada religión donde las existencias devienen obligaciones sanitarias. La salud dejó de ser un asunto biográfico (y con ello colectivo) para ser un mandato: las personas vivas deben ser personas sanas (sin COVID por ahora, y más adelante sin las impredecibles enfermedades). La salud como imperativo demuestra que no hay más opciones que sobrevivir (sano, sin virus). Ese “mínimo” de funcionamiento orgánico, biológico armónico para la reproducción cotidiana y existencial deja de ser un asunto concreto y diferenciado según las formas humanas, para reducirse a la ausencia del nuevo enemigo interno: ahora el SARS-COV-2, y en el futuro las desconocidas causas de pandemias. Por otra parte, la ciencia consolida su

carácter de saber absoluto y trascendental, que se crea más allá de toda tensión histórica. “Como el capitalismo, y a diferencia del cristianismo, la religión médica no ofrece perspectivas de salvación y redención. Al contrario, la curación a la que aspira no puede ser sino provisoria, desde el momento en que el dios malvado, el virus, no puede ser eliminado de una vez por todas, antes bien muta de continuo y adopta en cada ocasión formas nuevas, a priori más peligrosas”. Los científicos devienen los nuevos sacerdotes, que junto con los militares definen las operaciones de intervención para proveer de seguridad a las poblaciones: cálculo y control bajo la lógica de la guerra (combatir al virus combinando ciencia médica con los saberes de la guerra). “Sin embargo, una guerra con un enemigo invisible que puede anidar en cualquier otro es la más absurda de las guerras. Es, en verdad, una guerra civil. El enemigo no está fuera, está dentro de nosotros”.

El otro paradigma vinculado a este contexto médico-militar es el del sacrificio. En la pandemia el sentido sacrificial de la vida capitalista se modifica, no son sólo las renunciaciones individuales las que sostienen el tiempo de emergencia (la vieja ética del capital de la que hablaba Max Weber), hay sacrificios más urgentes e importantes: renunciar al rostro y al prójimo. “Una sociedad que ha sacrificado la libertad en nombre de las así llamadas ‘razones de seguridad’ y por esto se ha condenado a vivir en un perpetuo estado de miedo e inseguridad”. Es aquí donde las críticas a Agamben apelando al cuidado individual para proteger a los “seres queridos” demuestran su sesgo metropolitano y burgués; porque sacrificar al prójimo no es sacrificar al “ser querido”, es renunciar a toda interacción de hospitalidad con la otredad, con las personas que no se conocen, pero a las que se puede asistir o de las que podemos recibir asistencia. “Aceptamos exclusivamente en nombre de un riesgo que no era posible precisar, suspender de hecho nuestras relaciones de amistad y de amor, porque nuestro prójimo se había convertido en una potencial fuente de contagio”. La pregunta

que formula Agamben sobre lo que en estos tiempos se está dispuesto a sacrificar no acepta una respuesta individual ¿Qué pasa con aquellas personas con las que no hay relación de cariño o aquellas que ni si quiera se conoce? Aquellas que la sociedad de consumo vuelve invisibles, y que son los seres que mantienen en pie el golpeado mercado cotidiano de las grandes ciudades. El prójimo es otro desconocido que puede aparecer en la vida singular en cualquier momento y con el que tenemos una obligación de hospitalidad, porque cada persona es un prójimo para otros (no para las personas conocidas y queridas).

Disolver al prójimo, porque es una amenaza potencial, que en su “ignorancia” se vuelve más letal (al no saberse portador del virus), es correlativo a la disolución de la identidad en los espacios colectivos, mediante la negación del rostro y la posibilidad del reconocimiento entre personas. Si el rostro es la apertura a la diferencia, su disolución materializa la disolución del prójimo como principio de solidaridad y convivencia política. Eso que ya estaba en ciernes en el momento neoliberal, en la pandemia se catalizó. A diferencia de aquellos procesos colectivos que deciden “ocultar” su semblante (el paradigma es el zapatismo, que para ser vistos se cubren el rostro) como medida de intención política, que resalta el anonimato, en la pandemia la politicidad de este acto no existe. En la bioseguridad ocultar la cara es un principio absoluto, no una presencia política en las calles. Los que por decisión y acción política ocultan su rostro lo hacen ante los antagonistas (el gobierno, la policía, los grupos de choque, etc.), no entre ellos mismos: al interior de sus espacios pueden mirarse y reconocerse. En el caso de la pandemia esa frontera se diluye, incluso entre los conocidos hay que comportarse como un desconocido, como un ser inidentificable, un ser sin gestos, sin reacciones, más allá de las que se puedan percibir de los ojos, que en su aislamiento dejan de ser una mirada.

Se anuncia el fin social del tacto, del uso de los cuerpos para sentirse entre ellos y de esa manera aprender a ser cuerpos. Las plataformas digitales funcionarán como sustitutos de lo que antes pasaba en los espacios colectivos, en los que el tocarse era inevitable. Incluso el cuerpo muerto, ese sí de las personas queridas, se tocaba para despedirse de él. Hoy eso está cancelado, y con ello la posibilidad del cierre simbólico y colectivo de una vida singular. Ni los muertos están a salvo, dijo Walter Benjamin hace 80 años y hoy se hace radicalmente mundial esta sentencia.

De ahí otro paradigma: la interacción colectiva basada en el distanciamiento y la “conexión” virtual que genera nuevas condiciones para la gubernamentalidad. “Una comunidad basada en el distanciamiento social no tendría nada que ver, como ingenuamente podría creerse, con un individualismo llevado al exceso: sería, justamente por el contrario, como la que vemos hoy a nuestro alrededor, una masa dispersa y basada en una prohibición, pero, precisamente por este motivo, particularmente compacta y pasiva”. La distancia social rompe el principio conocido de anteriores pandemias, en las que se separaban los cuerpos, no las sociedades. Este fenómeno inaudito se complementa con las configuraciones de las masas a través de las pantallas. “La nueva forma de la relación social es la conexión, y quien no se encuentra conectado tiende a ser excluido de todo vínculo y condenado a la marginalidad.” El distanciamiento despliega el potencial de los dispositivos tecnológicos digitales, hasta un punto hipertrófico, prefigurando nuevas formas de ejercicio de poder que se asumen de manera positiva: para vivir a salvo hay que vivir en las redes sociales virtuales. “La barbarie tecnológica que estamos viviendo borra de la vida toda experiencia de los sentidos y la pérdida de la mirada, apresada por un tiempo prolongado en una pantalla espectral”.

Cambiar la experiencia que cada persona tiene de su cuerpo y de su vida es el umbral en el que se juega el desarrollo de la pandemia. Es ahí donde los paradigmas

descritos por Agamben cobran importancia, no porque se cumplan en todas las geografías de la misma manera, sino porque se presentan como líneas de fuerza que definen las lógicas de las cosas y de las formas de vida; como los vectores de la nueva gubernamentalidad en la que se juega la posibilidad o no de continuar con el destructivo modelo civilizatorio capitalista.

Como todo paradigma tiene un envés, esa cara oculta que hace posible su funcionamiento. La excepción se despliega con violencias diferenciadas, generando formas concretas de vidas desnudas, nuevas maneras de exterminio de personas, que se “inmolan” para mantener en pie las dinámicas sociales: desde el personal médico de primera línea, que poco o nada interviene en las políticas sanitarias, ellos si son los “tristes instrumentos” de un diseño general de atención; además, están las personas que alimentan la maquinaria del trabajo flexible y que hicieron que el consumo no parara en el confinamiento (por lo general personas jóvenes o migrantes en las grandes metrópolis). El imperativo de la salud sólo tiene efectos positivos en pequeños segmentos de las poblaciones, las décadas de privatización y exclusión de los servicios médicos demuestran que el mayor número de personas afectadas gravemente por la COVID-19 son los crecientes sectores explotados y dominados. De esa forma, la religión de la razón es credo para un disminuido grupo de personas, que pueden pagar o acceder a los privilegios de los nuevos templos y de los saberes especializados. Los sacrificios no incluyen a los segmentos explotados y expulsados, en ellos habita la nueva forma de los *hommi sacri*, aquellas personas que se pueden matar sin cometer delito y que son insacrificables: su muerte no es un sacrificio, es un resultado necesario. Son los millones de personas que desde antes de la pandemia dejaron de ser prójimo, seres invisibilizados, seres sin rostro, de los que siempre se rehuyó todo tipo de contacto, intocables desde hace décadas. Para estas personas el distanciamiento ya era una realidad, sin la posibilidad real de “conectarse” para sobrevivir, porque son

las existencias invisibles que sostienen el funcionamiento del mundo y que trabajan horas extras para “regresar” a la normalidad de la que nunca fueron parte.

Las interpretaciones de Agamben no son predicciones, sino avisos de incendio que iluminan la situación de peligro más allá de lo que se quiere ver, más allá de la nostalgia de una “normalidad” perdida. Es en el entendimiento de esta estructura argumental donde hay que juzgar las afirmaciones del filósofo italiano, no en lo “escandaloso” de sus textos.

### **Lo que falta: el reto de hablar sin miedo a equivocarse**

Cicerón (1991) decía sobre la época de Demóstenes, que “siempre fue norma del estilo de los oradores la cultura de los oyentes”. La retórica se entiende así como un camino de doble vía, de la enunciación y de la escucha que juega a completar lo inacabado de todo argumento. Para la existencia de grandes oradores se requería de la presencia de públicos excelsos, de lo contrario la capacidad política de la retórica es errante (en su doble sentido, viaja sin rumbo claro y falla en su recorrido). Hoy vivimos una época decadente de la escucha, un tiempo de opiniones instantáneas y “seductoras” que deciden suprimir la criticidad por la “viralización”, que subordinan los contenidos a las formas atractivas. En este escenario, las verdades y la política también demuestran su crisis.

¿Qué es una verdad en la bioseguridad? Si ya en la biopolítica las verdades políticas se jugaban en un estrecho tablero, aquel en el que se definían los contenidos formales de la vida genérica de la “humanidad” (ese otro gran discurso que forma parte de los dispositivos de gobierno modernos), en la transformación que emerge por la pandemia se acorta aún más lo que se puede decir sobre el mundo. La experiencia de la lengua muda, que deja para después lo que se puede decir y lo que se debe decir, así como lo que es capaz de escuchar una época sobre sí misma, definen

el horizonte de las verdades. Es mejor guardar silencio y no generar alarma, que denunciar la miseria del mundo y el abismo que habitamos.

Para evitar ser víctimas del silencio que se impone en la defensa de opiniones en las que impera la evidencia “científica” traducida en “datos objetivos”, se necesitan juicios que piensen más allá de la inmediatez de los datos, que desentrañen la genealogía de los sucesos y que prefiguren explicaciones no sobre lo que está por venir, sino lo que ya sucede ante nuestros ojos aunque nos neguemos a verlo. Y aunque se “equivoquen” en sus afirmaciones, sus esfuerzos de interpretación permitirán salir del pasmo del pensamiento en el que nos encontramos; para denunciar el incendio que habitamos, para denunciar el gobierno de las personas equiparado al gobierno de las cosas, para superar la división entre pensamiento y lenguaje. En síntesis, para darle formas a la vida volviéndola peligrosa de verdad, porque impugna el orden de cosas dominante, porque amenaza la reproducción del sistema capitalista mediante su deserción.

## **Bibliografía**

Agamben, Giorgio [2020], *¿En qué punto estamos? La epidemia como política* (trad. Rodrigo Molina-Zavalía y María Teresa D’Meza), Buenos Aires, Adriana Hidalgo.

Agamben, Giorgio [2018], “Qué es un paradigma”, en *Sigantura rerum. Sobre el método* (trad. Flavia Costa y Mercedes Ruvituso), Buenos Aires, Adriana Hidalgo, pp. 13-46.

Berg, Anastasis [2020], “Bare Theory”, *The Point. Quarantine Journal* (Notes from Inside), disponible en: <https://thepointmag.com/quarantine-journal/>.

Cicerón, Marco Tulio [1991], *El orador* (trad. Eustaquio Sánchez Salor), Madrid, Alianza.

Esposito, Roberto [2020], “Curati a oltranza”, en *Antinomie. Scritture e immagini*, disponible en: <https://antinomie.it/index.php/2020/02/28/curati-a-oltranza/>.

- Habermas, Jürgen [2004], *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública* (trad. Francisco Javier Gil Martín), Barcelona, Gustavo Gili.
- Lazzarato, Mauricio [2020], “¡Es el capitalismo, estúpido! El fin de la pandemia será el comienzo de duros enfrentamientos de clases”, *El salto*, disponible en: <https://www.elsaltodiario.com/coronavirus/es-el-capitalismo-estupido>.
- Nancy, Jean-Luc [2020], “Excepción viral”, en *Sopa de Hujan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias*, Buenos Aires, ASPO, pp. 29-30.
- Waisbord, Silvio [2020], “Los falsos profetas de la pospandemia”, *Anfibia*, disponible en: <http://revistaanfibia.com/ensayo/los-falsos-profetas-la-pospandemia/>.
- Žižek, Slavoj [2020], *Pandemia. La covid-19 estremece al mundo* (trad. Damián Alou), Barcelona, Anagrama.



*Publicaciones LET*

**Estrategias para empeorarlo todo.  
Corporaciones, dislocación sistémica y  
destrucción del ambiente**

“Vivimos los tiempos en que se anuncia el fin del capitalismo: la sociedad de la explotación y la competencia es incapaz de reproducirse como lo ha hecho durante siglos, lo que vaticina un cambio radical de época...”

Para más información: visite [nuestro sitio web](#) o escribanos a: [let@iiec.unam.mx](mailto:let@iiec.unam.mx).

# Catastrofismo: del escarnio a la reivindicación

## Presentación

Rául Ornelas\*

*Nuestra casa está en llamas. Estoy aquí para decir que nuestra casa está en llamas. Según el GIEC estamos a menos de 12 años de no poder deshacer nuestros errores. Los adultos siguen diciendo que debemos dar esperanza a los jóvenes. Pero yo no quiero su esperanza. Quiero que entren en pánico, quiero que sientan el miedo que siento yo cada día. Y luego quiero que actúen, quiero que actúen como si lo hicieran en una crisis. Quiero que actúen como si la casa estuviera en llamas, porque así es.*

GRETA THUNBERG, Discurso ante el Foro de Davos, 2019

**H**asta fechas recientes, las posturas catastrofistas han sido descalificadas tanto en el debate público como en la academia, argumentando su supuesta falta de sustento y los procedimientos típicos cuya utilización se les atribuye: la exageración y la especulación.

Uno de los ejemplos de esta descalificación es el debate en torno a los agujeros en la capa de ozono de la atmósfera causados por las emisiones de diversos gases producidos por las actividades humanas, en particular, por las emisiones de compuestos clorofluorocarbonados usados en diversos sistemas de refrigeración y aerosoles. A la alarma por el crecimiento de la devastación de la capa de ozono, le siguió un amplio debate sobre las causas y las posibles soluciones, mismo que tomó la forma de regulaciones internacionales sobre el uso de los gases causantes de dicha afectación (Protocolo de Montreal, firmado en 1987). Aunque el problema subsiste, se logró

---

\* Investigador titular del IIEC-UNAM. Correo electrónico: [raulob@iiec.unam.mx](mailto:raulob@iiec.unam.mx).

frenar su expansión y se estima que en el mediano plazo logrará revertirse hasta niveles que no afecten al ambiente y a los seres vivos.

Este tipo de acciones concertadas sustentan la idea de que se hallarán soluciones técnicas y sociales a los enormes problemas que enfrentan las sociedades contemporáneas, en particular, a la destrucción del ambiente. Existe un imaginario social y numerosas prácticas estatales, corporativas e incluso de sujetos sociales, que confía en las innovaciones para asegurar la continuidad de las relaciones sociales imperantes. De manera paralela, estados y corporaciones estimulan estrategias en diversos ámbitos (informativos, educativos y políticos), para convertir la confianza en las soluciones tecnológicas en un horizonte cultural que lleve a grandes segmentos de la población a no interesarse en los problemas ambientales y, sobre todo, a negar el carácter terminal de la catástrofe ambiental en curso.

Es en ese marco cultural y político que algunas interpretaciones reivindican el catastrofismo como alternativa al estado de negación que bloquea las respuestas ante la debacle capitalista. De la mano de numerosas investigaciones científicas sobre la situación del sistema-Tierra, y del ascenso de luchas sociales contra la devastación del planeta, el catastrofismo se abre paso y gana legitimidad en los años recientes. Contra el sentido común imperante, esta perspectiva propone la hipótesis liminar de que nuestra época es de riesgo existencial tanto para las sociedades como para el conjunto de los seres vivos. De ahí su relevancia y contribución a un debate público que tiene cada vez más dificultades para ocultar lo evidente: la desastrosa situación en términos tanto ambientales como sociales.

Es preciso subrayar que la reivindicación del catastrofismo camina en el delgado filo entre la negación interesada de quienes defienden el estado de cosas imperante y proponen adaptaciones que paliarían el desastre en curso, y las interpretaciones críticas que

caracterizan ese pensamiento como parte de la anestesia social que paraliza las movilizaciones contra las diferentes crisis actuales, contra sus causas y sus responsables.<sup>1</sup>

Nuestra indagación sobre la trayectoria del capitalismo y la destrucción del ambiente se interesa en las interpretaciones catastrofistas que argumentan a favor de un cambio de horizontes y rutas para la acción colectiva, al aportar argumentos y propuestas críticos frente a la devastación del planeta y los callejones sin salida de las movilizaciones sociales que siguen exigiendo que sean los estados y las corporaciones quienes frenen la destrucción del ambiente.

En esa perspectiva, compartimos la traducción de un fragmento del libro *Frente al colapso. Militar a la sombra de las catástrofes*, de Luc Semal, que ofrece un panorama sobre el lugar que el catastrofismo ocupa en los debates actuales en Francia.

---

<sup>1</sup> Pensamos en especial en el trabajo de referencia obligada de René Riesel y Jaime Semprun, *Catastrofismo, administración del desastre y sumisión sostenible*, y del propio Semprun, *El abismo se repuebla*, que denuncian el uso contrainsurgente del catastrofismo. Destacamos también las contribuciones de John Bellamy Foster, de ecomarxistas como Daniel Tanuro, y el cada vez más intenso debate en torno a la colapsoología francesa.

# Frente al colapso. Militar a la sombra de las catástrofes\*

## Introducción

Luc Semal\*\*

**E**l 28 de agosto de 2018, al inicio de un nuevo verano canicular, durante una entrevista radiofónica un ministro de estado renunció en directo, en un horario de gran audiencia. De manera más o menos inédita, como testamento ministerial, explicaba así las razones de su salida:

Ya no quiero mentirme. No quiero crear la ilusión de que mi presencia en el gobierno significa que estamos a la altura de estos retos. Y por tanto, decido abandonar el gobierno, hoy mismo.

En sí misma, la frustración expresada por Nicolas Hulot no debería sorprender. Es común en la historia política francesa que los ministros del ambiente abandonen su cargo denunciando la impotencia de ese “ministerio de lo imposible” (Poujade, 1975; Lepage, 1998; Batho, 2014). Y, sin embargo, por la notoriedad y la popularidad del ministro que abandonaba sus funciones, por el impacto mediático de su sorpresiva renuncia, por el vocabulario y el tono dramáticamente urgente de su testimonio, algo de novedoso aparecía en ese instante: por una parte, la enunciación clara y sin concesiones de una situación de catástrofe global; y por otra, una forma de indiferencia política respecto de dicha situación:

No entiendo que asistamos globalmente, unos y otros, a la gestación de una tragedia muy anunciada con una forma de indiferencia. El planeta se está convirtiendo en un horno, nuestros recursos naturales se agotan, la biodiversidad

---

\* Luc Semal [2019], *Face à l'effondrement. Militar à l'ombre des catastrophes*, París, Presses Universitaires de France, pp. 9-29. Traducido del francés por Raúl Ornelas.

\*\* Profesor del Centro de ecología y ciencias de la conservación del Museo nacional de historia natural de Francia. Correo electrónico: [lsemal@mnhn.fr](mailto:lsemal@mnhn.fr).

se funde como la nieve al sol, y ello no siempre se entiende como un desafío prioritario. Y sobre todo, para ser muy sincero, y lo que digo vale para la comunidad internacional, se hacen esfuerzos para mantener, es decir, para reanimar, un modelo económico mercantil, que es la causa de todos estos desórdenes climáticos.

De nuevo, la denuncia de esta situación no tuvo, en sí misma, nada de radicalmente novedoso. La literatura ecologista, es decir, el corpus caleidoscópico de artículos, ensayos, testimonios y análisis, mediante el cual la ecología política intenta ordenar sus ideas, está lleno de ese tipo de denuncias. Pero en este caso, fue sorprendente constatar qué tanto la negrura del diagnóstico parecía racional, admitida, casi esperada —si no por todo el mundo, al menos por una parte de los responsables, de los científicos y de la opinión pública. Parecía obrar una forma de habituación trágica y fatalista, que va de la par con la difusión acelerada de una angustia latente respecto del futuro de la civilización. Menos de una semana después de esta renuncia, doscientas personalidades firmaron un editorial colectivo.

Vivimos un cataclismo planetario. Calentamiento climático, disminución drástica de los espacios de vida, colapso de la biodiversidad, contaminación profunda de los suelos, del agua y del aire, rápida deforestación: todos los indicadores son alarmantes. Al ritmo actual, en unas décadas, no quedará nada. Los humanos y la mayor parte de las especies vivas están en situación crítica.

Entre los doscientos firmantes, se cuentan muchos actores y personalidades del mundo del espectáculo, así como varios científicos reconocidos, entre ellos, algunos profesores del Museo nacional de historia natural, que asumen públicamente la afirmación de que “el colapso está en curso”. Sin duda, ese término de colapso amerita que nos detengamos: ¿acaso no es más que el efecto de sobredimensionar la alarma grandilocuente? ¿o, por el contrario, traduce algo profundo, una angustia casi existencial frente a la perspectiva bien concreta de los desastres ecológicos y humanos que se detonan, en una escala inédita en la historia, bajo los efectos acumulados del

calentamiento global, del agotamiento de los recursos, de la sexta extinción masiva, de la acidificación de los océanos, e incluso de la proliferación de lo nuclear civil y militar?

El propósito de esta obra es considerar esta segunda hipótesis mediante un análisis del catastrofismo ecológico, entendido como un fenómeno ideológico consustancial al pensamiento ecologista y a la ecología política desde los años sesenta del siglo XX, que integra el colapso de la civilización industrial global como consecuencia posible, probable o cierta de la catástrofe ecológica global desatada por toda o por parte de la humanidad. La elección de las palabras “fenómeno ideológico” no refiere al sentido peyorativo de la ideología en el lenguaje corriente, que a menudo la reduce a algo arbitrario y dogmático, si no al concepto de ideología como prisma coherente de interpretación del mundo tal cual es, tal como podría ser y tal como debería ser. Al abordar el catastrofismo ecologista como un fenómeno ideológico, se busca restituirlo en la historia de las ideas políticas y analizar su papel en el funcionamiento —o disfuncionamiento— democrático contemporáneo.

Desde los años setenta del siglo XX, la expresión “fenómeno ideológico” fue empleada por dos pioneros del pensamiento ecológico, para quienes “en su principio mismo, la preocupación ecológica es esencialmente subversiva y catastrofista, por la razón necesaria y suficiente de que ya ha sensibilizado a una amplia franja de la opinión pública occidental, respecto de la verdad elemental que sostiene que un crecimiento material infinito en un mundo finito es un sinsentido” (Rens y Grinevald, 1975: 292). Entendido de esa forma, el catastrofismo no es “una doctrina política o de otro tipo, tampoco una ideología, a falta de contenido normativo sistematizado, si no una idea prospectiva referida al paradigma del fin de la especie humana”, o “la toma de conciencia de un probable futuro dominante negativo que remite a la negación de cualquier futuro para la humanidad” (Rens y Grinevald, 1975: 308). De ese

modo, sin ser una ideología en sí mismo, el catastrofismo actual mantiene, no obstante, una relación privilegiada con el pensamiento ecológico (Bourg y Papaux, 2015: XI) y con la ideología ecologista (Dobson, 2007: 16), tal y como se desarrollan desde hace medio siglo.

Hablar del “catastrofismo actual”, tampoco es neutro. No se trata de llevar a cabo un análisis atemporal y universal del catastrofismo, si no más bien de interesarse en el catastrofismo nacido en la posguerra, de la “problemática mundial”, bajo la doble presión de la proliferación nuclear y de la degradación de las condiciones ecológicas. En ese sentido, el catastrofismo actual no es “un modo, si no la forma más reciente de una inquietud existencial en el perfil ideológico accidentado, cuyas justificaciones, en adelante, son más científicas que metafísicas” (Rens y Grinevald, 1975: 320). La perspectiva catastrofista está anclada en un contexto histórico y ecológico muy peculiar, caracterizado por el tránsito inédito de una época geológica a otra, y de un mundo de crecimiento a un mundo de agotamientos, en el que se entremezclan de manera inextricable dinámicas ecológicas y dinámicas sociales, historia del planeta e historia de la humanidad.

En fin, la elección de los términos es delicada en tanto implican connotaciones peyorativas. A menudo, el catastrofismo es reducido a una forma de perversa fascinación por el desastre, o de pesimismo casi patológico, de los que es posible denunciar el carácter irracional y excesivo. Existe una literatura calificada a veces de eco-escéptica, de interés científico mediocre, y cuya motivación es relativizar la gravedad del problema ecológico mundial y descalificar a los ecologistas que se alarman en tanto pesimistas incurables, catastrofistas, predicadores del apocalipsis, etc.<sup>1</sup> No obstante, existen críticas del catastrofismo actual más matizadas y más interesantes, que

---

<sup>1</sup> La literatura eco-escéptica es muy abundante y a menudo autorreferenciada, por lo que aquí solo se mencionarán algunos títulos que, por las palabras elegidas para descalificar el pensamiento

sin negar la gravedad de la situación ecológica, plantean el interrogante acerca de cuán oportuno es, intelectual y políticamente, dar demasiado espacio a la perspectiva catastrofista. De acuerdo con estas críticas, el catastrofismo actual abre brecha a la anticipación despolitizante de desastres globales y sin matices, como el calentamiento global, en detrimento de un análisis político más fino de la catástrofe en curso, de sus resortes económicos y de sus responsables. Así, aunque se entiende cabalmente que la situación ecológica es catastrófica, el catastrofismo es presentado, en cambio, como una retórica dominante, estéril, desmovilizadora, incluso antidemocrática (Chollet y Felli, 2015; Chateauraynaud y Debaz, 2017).

La apuesta de esta obra es desmarcarse de esa interpretación descalificadora, para aprehender el catastrofismo ecologista en sus ambivalencias, en sus matices, en sus entrelazamientos de dudas y certidumbres. Más que una descalificación de entrada, se trata de hacer un esfuerzo de clarificación y de contextualización del catastrofismo actual en las teorías y en las movilizaciones ecologistas de los años sesentas y setentas del siglo XX hasta nuestros días, mediante un análisis político de lo que la perspectiva catastrofista cambia, o podría cambiar, o debería cambiar, en nuestra relación con el mundo. Se parte del doble principio de que el diagnóstico catastrofista es legítimo, en vista de la dinámica de ruptura global e irreversible iniciada hace algunas décadas, y cuyos efectos concretos crecen en potencia hoy día; y que la perspectiva catastrofista, de manera bastante contra-intuitiva, posee virtudes heurísticas y democráticas. Esta perspectiva forma parte del pensamiento ecológico y también de las movilizaciones ecologistas que encarnan y hacen vivir la ecología política. Y es en ello que contribuye,

---

ecológico, han contribuido también a descalificar la perspectiva catastrofista: Kervasdoué, 2007; Allègre y Bouldouyre, 2010; Cabrol, 2010; Tertrais, 2011; Bruckner, 2011. Para un análisis del climato-escepticismo y su articulación con el ecolo-escepticismo, véase Oreskes y Conway, 2012.

a su manera, a la evolución contemporánea de las teorías, de las prácticas y de los proyectos democráticos que se recomponen a la sombra del colapso.

### **La gran aceleración**

De entrada, se plantea la cuestión de los orígenes: ¿de dónde viene la catástrofe en curso? De acuerdo con el historiador John McNeill (2010a), algo que refiere a la ruptura ocurrió a lo largo del siglo XX, particularmente durante su segunda mitad, que podría o debería invitarnos a mirar de otra forma la historia de las sociedades humanas, la de nuestro planeta y de sus futuros conjuntos. Este autor, afirma que la aceleración de los consumos energéticos, de las degradaciones ecológicas y de la expansión demográfica, constituye un hecho sin precedente histórico, radicalmente nuevo y propiamente inédito. Ahora bien, este fenómeno fue posible por una estabilidad relativa de las condiciones ambientales, misma que parece ser puesta en cuestión por la agudización de los principales problemas ecológicos, como el agotamiento de los suelos, la escasez creciente de las energías fósiles o el calentamiento global. Así, McNeill propone una forma de encuadre para la historia humana en una historia más vasta, la de la desestabilización ecológica global, que más que cualquier otra cosa, caracteriza nuestra época. De ese modo, el historiador llega a preguntarse acerca del carácter eventualmente *transitorio* de los sistemas políticos e ideológicos contemporáneos, dependientes implícitamente de un crecimiento insostenible, que en poco tiempo podría detenerse o revertirse en un mundo ecológicamente degradado:

De hecho, hemos construido nuevas políticas, nuevas ideologías y nuevas instituciones sobre la base de la hipótesis de un crecimiento continuo. Si esa era de exuberancia debe llegar a su fin, o incluso al menos a frenarse progresivamente, entonces enfrentaremos una nueva serie de ajustes traumatizantes (2010a: 45).

Hoy día, McNeill es uno de los principales teóricos de lo que se ha convenido en llamar “la Gran Aceleración”: el periodo post-1945, que vio un auge vertiginoso

de la humanidad, de los consumos y de sus impactos sobre la superficie del planeta (McNeill y Engelke, 2016). La Gran Aceleración designa el crecimiento vertiginoso durante algunas décadas, no sólo de la población humana, si no también de sus actividades económicas, su industria, su consumo de recursos fósiles, sus emisiones de gases de efecto invernadero, sus desechos de plástico, sus pérdidas de biodiversidad, y de la deforestación. La idea de la Gran Aceleración permite insistir sobre el carácter sistémico de esos fenómenos, que chocan y se sostienen unos a otros en una sola y misma dinámica de crecimiento y de expansión.

Asimismo, la expresión también hizo eco en los trabajos del sociólogo alemán Hartmut Rosa (2010), para quien la modernidad tardía, desde los años setenta del siglo XX, se caracteriza por una aceleración generalizada que alteró profundamente nuestra relación con el tiempo. Estos análisis se unen a la constatación difusa según la cual las sociedades modernas son rehenes de urgencias cada vez más acuciantes. La aceleración generalizada y la concurrencia de las urgencias, dibujan un aire de los tiempos que, de manera paradójica, genera un sentimiento de petrificación inspirado por la impotencia de lo político para manejar esos fenómenos. En el horizonte empieza a perfilarse la imagen aún borrosa de un umbral, de un punto de ruptura, de un punto de inflexión, que sería resultado de una saturación de la aceleración y de las urgencias.

### **La catástrofe en singular**

El catastrofismo ecologista nace a la vuelta de los años sesenta y setenta del siglo XX, de la constatación que esta aceleración de los crecimientos, que aún no se llamaba Gran Aceleración, solo puede conducir a la catástrofe —o, de manera más precisa, que constituye el inicio de una catástrofe. El singular es importante. La historia y la actualidad están llenas de catástrofes, es decir, de desastres más o menos localizados, más o menos mortales y destructores, yendo de los sismos a los accidentes industriales, y

cuya recurrencia ha jugado un papel importante en las reflexiones modernas acerca de la relación con el riesgo (Beck, 2001; Dupuy, 2002 y 2005). Por el contrario, la catástrofe en singular refiere a un vuelco del mundo, en parte ya en marcha y “con potencial apocalíptico”:

Hablo de la catástrofe en singular, no para designar un evento único, sino un sistema de discontinuidades, del rebasamiento de umbrales críticos, de rupturas, de cambios estructurales radicales, que se alimentarán unos a otros, para golpear plenamente y con una violencia inaudita a las generaciones futuras. Mi corazón se encoge cuando pienso en el futuro de mis hijos y de sus propios hijos que aún no han nacido (Dupuy, 2008: 31).

En el pensamiento ecológico, la perspectiva catastrofista refiere de manera implícita la idea de una catástrofe en singular, que es la ruptura radical, inédita, objetivada progresivamente en el curso de décadas, que ve cómo las sociedades modernas modifican o alteran sus ambientes naturales en una escala y con un ritmo tales, que podrían conducir a una ruptura de las condiciones materiales necesarias para su perpetuación. Se trata de una ruptura global, ya que ningún territorio escapa a ella, y es una ruptura irreversible, porque no es posible ningún retorno. De la misma manera, esta dimensión global e irreversible del fenómeno justifica hablar de catástrofe y no simplemente de crisis, ya que “entramos en el tiempo largo y espeso de los sobresaltos de la Biosfera, en una modificación del largo curso de las condiciones de habitabilidad de la Tierra” (Bourg y Papaux, 2015: XI). La catástrofe ecológica en singular no es por tanto, un anuncio de un evento único que está por venir, preciso, datado y claramente delimitado, si no más bien la constatación inquieta de un proceso en marcha de vuelco caleidoscópico, de ingreso a un “sistema de discontinuidades” (Dupuy, 2008) y a una “catástrofe crónica”,<sup>2</sup> que en lo sucesivo delimitan nuestros horizontes.

---

<sup>2</sup> Expresión usada por Dominique Bourg en la emisora France culture, en septiembre de 2018

Hablar de la catástrofe en singular permite también situarse en la línea de las ciencias naturales, que aportan al catastrofismo un sentido esclarecedor para la situación presente. El catastrofismo en geología designa un conjunto de teorías que afirman que la historia de la vida está marcada por catástrofes y cataclismos que remodelan los paisajes de manera periódica, y conducen a ciertas especies a desaparecer, por oposición a las teorías uniformadoras, gradualistas o actualistas, las cuales, con todos sus matices, abordan la historia de la vida y del planeta como un proceso lento, progresivo y continuo (Babin, 2005). Muy asociado al imaginario del diluvio bíblico, el catastrofismo fue socavado por las teorías de la evolución y de la selección natural, que permitían ahorrarse las explicaciones más sensacionalistas o teñidas de religiosidad. La perspectiva catastrofista recuperó legitimidad desde los años ochenta del siglo XX gracias a un conocimiento más fino de algunos grandes episodios catastróficos que, sin lugar a dudas, han marcado la historia de la vida. Actualmente, se sabe que la quinta extinción masiva de las especies, ocurrida hace 65 millones de años, y que vio extinguirse entre otros a los dinosaurios, es el resultado de la conjunción de la caída de un meteorito en el Golfo de México y las erupciones volcánicas titánicas en India (Gould, 1991; Alvarez, 1998; Leakey y Lewin, 2011). Si en la actualidad el catastrofismo ha sido parcialmente rehabilitado, es porque explica algunos momentos precisos de la evolución, en los que, las reglas de la continuidad válidas hasta entonces fueron, por decir así, suspendidas súbitamente, durante el tiempo de un evento catastrófico. Las reglas de la continuidad retoman enseguida su curso, pero en un mundo vivo radicalmente reducido y reorganizado, y por tanto, radicalmente diferente de aquel que existía antes de la catástrofe.

Actualmente, las consecuencias de la Gran Aceleración son tales que vuelven a dar pertinencia a las nociones de catástrofe y de catastrofismo: sexta extinción masiva, calentamiento global en curso, agotamiento de los recursos fósiles... y sobre todo,

interacción de todos esos fenómenos, retroalimentándose unos a otros, que conducen a la constatación de que una ruptura catastrófica está en marcha. Puede parecer lenta en la escala de una vida humana, pero se revela vertiginosa en la escala de la vida y del planeta. Al describir la situación presente de la humanidad en el tiempo muy largo de la biosfera, la perspectiva catastrofista “descubre catástrofes latentes, amplificadas por la lógica de la interdependencia” (Rens y Grinevald, 1975: 303). Hoy día, la noción de Antropoceno, que desde inicios de los años 2000 sigue un complejo proceso de consolidación científica, es de las que cristalizan mejor esta idea de ruptura: la Gran Aceleración, en sí misma y por sus consecuencias ecológicas, vuelca el planeta a una época geológica radicalmente nueva... por nuestra cuenta y riesgo (Grinevald, 2007; Lorius y Carpentier, 2010; Bonneuil y Frescoz, 2013; Beau y Larrère, 2018). Así, hablar de catástrofe y de catastrofismo ecologista es restituir el vuelco en curso en el tiempo muy largo de la historia del planeta, para tratar de aprehender mejor su amplitud, y comenzar a sacar de ello un análisis político.

### **¿Hacia el colapso?**

La idea subyacente a la Gran Aceleración y a la perspectiva catastrofista es que esta trayectoria insostenible solo puede tener un impacto colosal y trágico sobre las sociedades modernas. ¿Cómo llamar ese impacto? Desde el punto de inflexión de los años sesentas y setentas del siglo XX, cuando comenzaban a madurar las ideas ecologistas, la cuestión del colapso fue planteada de forma explícita. Estaba en el centro de las inquietudes propuestas por Paul Ehrlich (1972), para quien, tarde o temprano, era ineluctable el advenimiento de un colapso de la población humana, si el crecimiento demográfico proseguía. También estaba en el centro del Informe del Club de Roma, y ello de manera más sistémica: el colapso no sería solo demográfico si no también económico, industrial, civilizatorio, en un contexto de agotamiento de los recursos y

de saturación por contaminaciones (Meadows *et al.*, 1972). Esta obra dejó una profunda huella en el imaginario ecologista, al introducir en él la perspectiva de un colapso sistémico de las sociedades modernas como consecuencia de la catástrofe engendrada por la continuidad del crecimiento.<sup>3</sup>

Presentado de ese modo, para la sociedad industrial globalizada el colapso es consecuencia de la catástrofe ecológica nacida de la Gran Aceleración. Pero también en este caso, el término es delicado, al punto que despierta mitos y fantasmas. Entre los primeros, el antropólogo estadounidense Joseph Tainter (1988) esbozó una teorización rigurosa del colapso de las sociedades complejas. Después, Jared Diamond (2006) se inspiró ampliamente de ese trabajo para concebir su libro *Colapso*, introduciendo una dimensión ecológica, ausente en los trabajos de Tainter. De acuerdo con Diamond, en tanto degradan su ambiente, las sociedades modernas corren el riesgo de derrumbarse como lo hicieron, antes que ellas, varias civilizaciones del pasado como la de Isla de Pascua. Sin embargo ¿esta comparación tiene sentido? No, según McNeill (2010b), ya que el carácter inédito de la situación actual prohíbe toda comparación histórica: entonces, si vamos hacia el colapso, éste será global y de una forma radicalmente nueva.

Desde hace algunos años, la noción de colapso recuperó importancia al interior de los debates ligados a la ecología política. En Francia, diversas obras contribuyeron a esbozar los contornos de una “colapsología”, a partir del principio de que una dinámica de colapso está en curso y que nada parece poder detenerla (Cochet, 2009a;

---

<sup>3</sup> En este tema, es notoria la influencia de la modelización y de los enfoques sistémicos, al recordar que la noción de catástrofe también toma un sentido preciso, que evoca menos el desastre que la ruptura, el vuelco del sistema de un estado a otro. Véase Lovelock, 1993; Meadows, 2008; Odum, 2007; Odum y Odum, 2008. Por lo demás, “es interesante destacar que, en el nivel de formalización más abstracto, el término de límite designa el punto fatal más allá del cual se sitúa la catástrofe, en el sentido formal dado a ese concepto por el matemático René Thom, autor de una teoría general de las catástrofes” (Rens y Grinevald, 1975: 34). Véase también Thom, 2010.

Servigne y Stevens, 2015; Duterme, 2016). El entusiasmo de las redes ecologistas hacia esta perspectiva suscita multitud de debates, conferencias, publicaciones, que gravitan en torno a ese término. Hoy día, las redes de la colapsología son la encarnación más dinámica de la perspectiva catastrofista que irriga las teorías y las movilizaciones ecologistas desde hace medio siglo.

Así las cosas ¿el colapso es posible? ¿probable? ¿cierto? ¿cuáles serían o serán sus consecuencias para unos y otros? ¿qué proyecto político se puede aún concebir una vez que se endosa esta perspectiva? Aunque no dan una respuesta homogénea, las teorías y las movilizaciones ecologistas tienen la particularidad de estar imbricadas desde hace varias décadas con esta perspectiva catastrofista. Por ello, su análisis es la ocasión de entender mejor por qué el catastrofismo ecologista constituye hoy día, y de manera contra-intuitiva, una especie de aguijón democrático para incluir en la agenda de las sociedades industriales el problema, a la vez omnipresente y reprimido sin cesar, de su difícil transición en situación de catástrofe hacia el post-petróleo y el post-desarrollo.

### **Ecologismo y teoría política verde**

Desde principios de los años noventa del siglo XX, la corriente internacional de la teoría política verde (*green political theory*), analiza los desafíos políticos planteados por la cuestión ecológica. De inicio, su objeto fue estudiar la irrupción del pensamiento ecológico en el paisaje de las ideas políticas –irrupción que resultó disonante en un doble sentido; de entrada, por mostrar la convicción de que hay límites al crecimiento, enseguida, por la voluntad de poner en cuestión el antropocentrismo moderno en favor de otras perspectivas más ecocéntricas (Dobson, 2007; Goodin, 1992; Eckersley, 1992). En ese tiempo, el desafío era cartografiar la ideología ecologista, sus ideas, sus valores y sus proposiciones. Después, al paso de

los años y en la medida en que el desafío ecológico era más ampliamente reconocido, el objeto de la teoría política verde también abarcó la revisión de los conceptos fundamentales de la teoría política a la luz de la nueva situación. En especial, en tanto no puede ser reducido a una simple hipótesis alarmista, el calentamiento global comenzó a ser tratado como una realidad material, concreta, objetiva, y con graves consecuencias para el devenir de las sociedades modernas. Esta irrupción explosiva de la materialidad ecológica en el campo político, plantea desde entonces innumerables preguntas: ¿el calentamiento global modifica, podría modificar, debería modificar nuestra concepción de la soberanía, heredada de una época en que la cuestión ecológica no se planteaba? ¿o nuestra concepción de la ciudadanía y de los derechos y deberes que van asociados a ella? ¿o la de la libertad? ¿de la igualdad? ¿de la seguridad? (Dobson y Eckersley, 2006; Semal, 2017).

El estudio del catastrofismo ecologista se ubica en primer término en esta corriente teórica. Se trata, en efecto, de situar ese catastrofismo en la historia de las ideas políticas, y en particular en la del pensamiento ecológico, para comprender al mismo tiempo, lo que aporta de radicalmente nuevo en el campo político, y la impresión de algo ya visto que, no obstante, puede suscitar. El primer capítulo está dedicado al análisis del surgimiento conjunto del ecologismo y del catastrofismo actual, en los años sesenta y setenta del siglo XX, así como al análisis de su evidente reflujo desde los años ochenta, debido a la institucionalización de los desafíos ambientales. La importancia creciente del desarrollo sostenible, en particular, contribuyó a un cierto distanciamiento, a una cierta eufemización, de los rasgos catastrofistas del ecologismo, en beneficio de teorías más continuistas, más consensuales y menos disonantes en el campo político, como son la modernización ecológica y el crecimiento verde.

El segundo capítulo aborda aquello que la perspectiva catastrofista puede modificar en las teorías y en las prácticas democráticas contemporáneas. A la luz de las

convulsiones ecológicas que se anuncian, así como de las condiciones políticas e institucionales que permitirían responder a ellas, la cuestión que se plantea hoy día es la de la ecologización de las democracias. En ese caso, la perspectiva catastrofista refuerza las tesis según las cuales, las democracias modernas alimentan una relación con el tiempo inadaptada a la comprensión de los desafíos ecológicos. Y por ello, es la temporalidad democrática misma que está profundamente desestabilizada por la irrupción de una temporalidad catastrófica, presa tanto de la necesidad de reforzar la preocupación por el largo plazo, como de las dudas crecientes en cuanto a la posibilidad de que ese largo plazo pueda siquiera existir.

### **Movilizaciones a la sombra de las catástrofes**

Aparte de los cuestionamientos de orden teórico, el catastrofismo ecológico plantea numerosas cuestiones prácticas, relacionadas a las modalidades y a las finalidades de una movilización para hacer frente al colapso. En sus inicios, las movilizaciones ecologistas tuvieron una relación complicada con el porvenir, fuertemente ensombrecido por las perspectivas distópicas ligadas a la degradación posible o probable de las condiciones ecológicas sobre el conjunto del planeta. Actualmente, la perspectiva catastrofista en general, y el auge reciente de los interrogantes colapsológicos en particular, radicalizan ese problema: ¿cómo vivir y movilizarse con, o a pesar de, la convicción del anuncio de una forma de colapso, o de que una forma de colapso está en curso? Con el fin de responder a esta pregunta, los capítulos siguientes recurrirán a la sociología de las movilizaciones para analizar los resortes de la acción política catastrofista en el terreno, en la realidad de las redes ecologistas.

El tercer capítulo está dedicado al análisis de dos movimientos ecologistas que, desde su surgimiento en los años 2000, se distinguieron por su dimensión catastrofista: el movimiento del decrecimiento, originario de Francia, y el movimiento de las

ciudades en transición (Transition Towns), de origen británico. Ambos constituyeron espacios de politización del pico del petróleo y de la escasez creciente de recursos, y de ese modo, contribuyeron a imbuir de nuevo en las redes ecologistas, una parte de ese catastrofismo que había sido apartado al paso de los años. Esos movimientos jugaron un papel decisivo de incubadora, antes del reciente resurgimiento de la perspectiva del colapso civilizatorio, que hoy día reestructura profundamente tanto los proyectos como las movilizaciones ecologistas.

El cuarto capítulo se centra en los individuos militantes, estudiando sus trayectorias biográficas para explicar cómo se llega a ser catastrofista. Detrás de esta expresión un tanto vaga, se trata de analizar cómo ciertos militantes ecologistas llegan a reconsiderar el sentido y las modalidades de su compromiso, a veces desde los inicios de su experiencia militante, a veces tras décadas de compromiso más o menos frustrante. En segundo plano de la diversidad de las trayectorias catastrofistas se dibuja una lógica de desilusión que cobra importancia en la actualidad dentro de las redes ecologistas, en la medida en que se desecan las perspectivas políticas, y se ensombrecen los horizontes ecológicos.

El quinto capítulo da continuidad a este cuestionamiento, proponiendo el análisis del papel de las emociones en las movilizaciones de dimensión catastrofista, en particular las emociones incómodas como el miedo, la angustia, la desesperanza. Se trata de analizar la pesada carga emocional que atraviesa a estas movilizaciones a la sombra de las catástrofes, y la manera en que ello influye sobre el sentido y las modalidades del compromiso ecologista. Así, se constata que, en esas redes, el miedo a la catástrofe no es una anomalía desmovilizadora sino, más bien una etapa del compromiso ecologista enfrentado a una catástrofe de orden supraliminal, mismo que puede jugar un papel de aguijón no despreciable en el proceso de movilización.

Finalmente, el sexto capítulo aborda el uso que se hace de los relatos en las movilizaciones de dimensión catastrofista, así como el papel dado a la narración en las deliberaciones que pretenden formular proyectos de territorio adaptados al vuelco que vive el mundo. Se analizan algunas restricciones propias de las movilizaciones de esta índole, de entrada por el hecho de que la experiencia vivida de los militantes se revela saturada de disonancias cognitivas potencialmente desmovilizadoras: por una parte, la separación puede parecer demasiado grande entre la evidencia inmediata y concreta de lo cotidiano con toda la fuerza de su realidad presente, y por otra parte, la perspectiva catastrofista que alerta del colapso civilizatorio en curso. Se trata, por tanto, de mostrar el lugar dado a los relatos y al trabajo narrativo para cultivar las resonancias narrativas, y para, por esa vía, reducir las disonancias cognitivas, al tiempo que se incrementa el peso de realidad de la perspectiva catastrofista.

## **Bibliografía**

- Allègre, Claude y Alain Bouldouyre [2010], *L'Imposture climatique. Ou la fausse écologie*, París, Plon.
- Alvarez, Walter [1998], *La Fin tragique des dinosaures*, París, Hachette.
- Babin, Claude [2005], *Autor du catastrophisme. Des mythes et légends aux sciences de la vie et de la Terre*, París, Vuibert.
- Batho, Delphine [2014], *Insoumise*, París, Grasset.
- Beau, Rémi y Catherine Larrère (coordinadores) [2018], *Penser l'Anthropocène*, París, Presses de Sciences Po.
- Beck, Ulrich [2001], *La Société du risque. Sur la voie d'une autre modernité*, París, Aubier, 2001.
- Bonneuil, Christophe y Jean-Baptiste Fressoz [2013], *L'Événement Anthropocène. La Terre, l'histoire et nous*, París, Seuil.

- Bourg, Dominique y Alain Papaux (dir.) [2015], *Dictionnaire de la pensée écologique*, Paris, Puf, XI.
- Bruckner, Pascal [2011], *Le Fanatisme de l'Apocalypse. Sauver la Terre, punir l'homme*, Paris, Grasset.
- Cabrol, Laurent [2010], *En vert et contre tous*, Paris, Le Cherchemidi.
- Chateauraynaud, Francis y Josquin Debaz [2017], *Aux bords de l'irréversible. Sociologie pragmatique des transformations*, Paris, Pétra.
- Chollet, Antoine y Romain Felli [2015], "Le catastrophisme écologique contre la démocratie", *VertigO*, 15(2).
- Cochet, Yves [2009], *Antimanuel d'écologie*, Rosny-sous-Bois, Bréal.
- Diamond, Jared [2006], *Effondrement. Comment les sociétés décident de leur disparition ou de leur survie*, Paris, Gallimard.
- Dobson, Andrew [2007], *Green Political Thought*, Londres, Routledge, p. 16.
- Dobson, Andrew y Robyn Eckersley [2006], *Political Theory and the Ecological Challenge*, Cambridge, Cambridge.
- Dupuy, Jean-Pierre [2008], *La Marque du sacré*, Paris, Carnets Nord.
- \_\_\_\_\_ [2005], *Petite Métaphysique des tsunamis*, Paris, Seuil.
- \_\_\_\_\_ [2002], *Le Catastrophisme éclairé. Quand l'impossible est certain*, Paris, Seuil.
- Dutermé, Renaud [2016], *De quoi l'effondrement est-il le nom? La fragilisation du monde*, Paris, Utopia.
- Eckersley, Robyn [1992], *Environmentalism and Political Theory: Toward an Ecocentric Approach*, Londres, UCL Press.
- Ehrlich, Paul R. [1972], *La Bombe P*, Paris, Fayard, J'ai lu.
- Goodin, Robert [1992], *Green Political Theory*, Cambridge, Polity Press.
- Gould, Stephen J. [1991], "Le choc d'un astéroïde", *Quand les poules auront des dents* Paris, Seuil, pp. 373-387.

- Grinevald, Jacques [2007], *La Biosphère de l'Anthropocène. Climat et pétrole, la double menace : repères transdisciplinaires (1824-2007)*, Genève, Georg.
- Kervasdoué, Jean de [2007], *Les Prêcheurs de l'apocalypse. Pour en finir avec les délires écologiques et sanitaires*, Paris, Plon.
- Leakey, Richard y Roger Lewin [2011], *La Sixième Extinction, Évolution et catastrophes*, Paris, Flammarion.
- Lepage, Corinne [1998], *On ne peut rien faire, Madame le Ministre : Chronique d'un état impuissant*, Paris, Albin Michel.
- Lorius, Claude y Laurent Carpentier [2010], *Voyage dans l'Anthropocène. Cette nouvelle ère don't nous sommes les héros*, Arles, Actes Sud.
- Lovelock, James [1993], *La Terre est un être vivant. L'Hypothèse Gaïa*, Paris, Flammarion.
- McNeill, John R. [2010a], *Du nouveau sous le soleil. Une histoire de l'environnement mondial au XXe siècle*, Seyssel, Champ Vallon.
- \_\_\_\_\_ [2010b], "Sustainable survival", Patricia A. McAnany y Yoffee Norman (editores), *Questioning Collapse: Human Resilience, Ecological Vulnerability, and the Aftermath of Empire*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 364-365.
- McNeill, John R. y Peter Engelke [2016], *The Great Acceleration. An Environmental History of the Anthropocene since 1945*, Cambridge, Belknap Press.
- Meadows, Donella H. [2008], *Thinking in Systems: A Primer*, White River Junction VT, Chelsea Green Publishing.
- Meadows, Donella H. et al. [1972], *Halte à la croissance? Rapport sur les limites de la croissance*, Paris, Fayard.
- Odum, Howard T. [2007], *Environment, Power and Society for the Twenty-First Century: The Hierarchy of Energy*, New York, Columbia University Press.
- Odum, Howard T. y Elisabeth C. Odum [2008], *A Prosperous Way Down: Principles and Policies*, Boulder, University Press of Colorado.

- Oreskes, Naomi y Erik M. Conway [2012], *Les Marchands de doute. Comment une poignée de scientifiques ont masqué la vérité sur les enjeux de société tels que la tabagisme et le réchauffement climatique*, Paris, Le Pommier.
- Poujade, Robert [1975], *Le Ministère de l'impossible*, Paris, Calmann-Lévy.
- Rens, Ivo y Jacques Grinevald [1975], “Réflexions sur le catastrophisme actuel”, Louis Binz y Sven Stelling-Michaud (autores), *Pour une histoire qualitative. Études offertes à Sven Stelling-Michaud*, Genève, Presses universitaires romandes, pp. 283-321.
- Rosa, Hartmut [2010], *Accélération. Une critique sociale du temps*, Paris, La Découverte.
- Semal, Luc [2017], “Les chantiers de la théorie politique verte”, Guillaume Blanc, Élise Demeulenaere y Wolf Feuerhahn (coordinadores), *Humanités environnementales. Enquêtes et contre-enquêtes*, Paris, Publications de la Sorbonne, pp. 181-200.
- Servigne, Pablo y Raphaël Stevens [2015], *Comment tout peut s'effondrer. Petit manuel de collapsologie à l'usage des générations présentes*, Paris, Seuil.
- Tainter, Joseph [1988], *The Collapse of Complex Societies*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Tertrais, Bruno [2011], *L'Apocalypse n'est pas pour demain. Pour en finir avec le catastrophisme*, Paris, Denoël.
- Thom, René [2010], *Paraboles et catastrophes. Entretiens sur les mathématiques, la science et la philosophie*, Paris, Flammarion.

## Corporaciones y destrucción del ambiente

*En esta sección se presentan nuestras reflexiones sobre la destrucción del ambiente y los conflictos socioambientales.*

### Destrucción del ambiente, corporaciones transnacionales y conflictos socioambientales en México

*Paola Jiménez de León \**

**S**equías, incendios forestales, derrames petroleros, afectaciones a la salud por la minería; estos son algunos de los rasgos que definen el panorama de la destrucción del ambiente en México. En *Ecocidio en México: la batalla final es por la vida*, Víctor Manuel Toledo describe los que considera son los 10 principales problemas ecológicos en México: la escasez del agua, la contaminación de costas y mares, la extracción minera, la deforestación, la mala calidad de los alimentos, la conservación de la biodiversidad, los combustibles fósiles, el maíz transgénico, la autosuficiencia de los hogares y el cambio climático (2015). Toledo identifica el papel de las corporaciones transnacionales (CTN) en estas problemáticas, al ser responsables de acciones como la sobreexplotación y tendencia privatizadora del agua, la expansión de los grandes proyectos turísticos, la minería, el cambio de uso del suelo, la tala ilegal, así como el fomento de los cultivos transgénicos.

Las CTN drenan y destruyen las riquezas y los ciclos naturales de los ecosistemas en el país. Un ejemplo de ello es lo que pasa con la situación de sequía en la que incide el uso desmedido de agua por parte de empresas como Coca-Cola FEMSA y Pepsi

---

\* Egresada de la Licenciatura en relaciones internacionales, UNAM. Correo electrónico: [paola.de-leon@politicass.unam.mx](mailto:paola.de-leon@politicass.unam.mx).

(Velázquez, 2021). Las amenazas a las áreas naturales protegidas, así como a las regiones rurales y las zonas silvestres por las prácticas de las empresas mineras en México (Enciso, 2021). O la contaminación de ríos por desechos industriales en entidades como Jalisco y Tlaxcala, lo que provoca el aumento de enfermedades en poblaciones circundantes (Usi, 2020).

Como respuesta al embate del capital contra los ecosistemas efectuado por las CTN en México, existen en el país un gran número de conflictos socioambientales (CSA). En 2019, la Secretaría de medio ambiente y recursos naturales (Semarnat) contabilizaba 560 (Vergara, 2019). El número de estos se duplicó de 1990 a 2010 (Tetreault, 2012). En este texto se indaga sobre los CSA que reaccionan a la actividad de las CTN en México, con el objetivo de ofrecer una radiografía sobre este tema.

En primer lugar, se expone la importancia de estudiar la destrucción del ambiente desde la acción de las CTN y a los CSA como respuesta. Posteriormente, se realiza un ejercicio descriptivo de los datos proporcionados por el *Atlas de justicia ambiental* (EJA-tlas) sobre los CSA en México. Este ejercicio nos permite, en la conclusión, ofrecer un resumen de las principales características de este tópico.

## **Corporaciones transnacionales:**

### **¿por qué estudiarlas como parte de la destrucción del ambiente?**

Las CTN son las grandes protagonistas de la destrucción del ambiente. Esto no es fortuito, el daño se corresponde con la estructura histórico-material de la dinámica del capitalismo: la acumulación infinita de capital. En la dinámica de valorización del capitalismo contemporáneo, las CTN sobresalen como los agentes que articulan y dirigen los procesos estratégicos de producción. De acuerdo con Raúl Ornelas, la CTN se convirtió en “la principal articuladora de las relaciones sociales” (2020: 103), al ser el principal actor generador de ganancias en el neoliberalismo. Su preeminencia se

basa en “la incesante concentración de todo tipo de recursos: capital de inversión, tecnologías, trabajadores, conocimientos, instalaciones, riquezas naturales, influencia política y social, control territorial” (2020: 103).

Las CTN permean con su actuación el dominio económico y político de distintas esferas de la sociedad; entre ellas, la relación de los humanos con la naturaleza. De esta manera, las condiciones ambientales a las que nos enfrentamos, bajo las que la reproducción de la vida humana y no-humana se encuentra en riesgo, son moldeadas, en gran medida, por las CTN:

La destrucción del ambiente por parte de las corporaciones trasnacionales no es consecuencia de fallas institucionales o de fallas de mercado, sino un resultado necesario de la lógica y dinámica del sistema capitalista, del cual las corporaciones son protagonistas, que al buscar la generación incesante de ganancias y la acumulación de capital *ad infinitum*, tiende a aumentar y acelerar el consumo productivo de la naturaleza, así como a modificar la forma y el contenido del metabolismo sociedad-naturaleza (Reyes y García, 2020: 318).

En términos concretos, la forma en que las CTN modifican la relación de los humanos con la naturaleza es a partir del tamaño de sus operaciones, la concentración de recursos materiales, así como la posibilidad de controlar, diseñar y dirigir de manera privada “los alcances tecnológicos y organizativos del proceso global de la producción y reproducción social en escala planetaria” (Reyes y García, 2020: 320). Las CTN también influyen en los modelos y ritmos de consumo y en las respuestas a la catástrofe ambiental. Estudios recientes como los de Oliver Petitjean (2015) y Jean Philippe Sapinski (2015) demuestran que las CTN son responsables de emitir la mayor parte de los gases de efecto invernadero, basan sus procesos productivos en energías fósiles, al tiempo que promueven “soluciones” de mercado a la catástrofe ambiental, que lo único que logran es propiciar la acumulación sin atender a las causas estructurales de la crisis ambiental.

Dado lo anterior, resulta pertinente el estudio de la destrucción del ambiente a partir de las actividades de las CTN. No obstante, en el curso de sus actividades, estas se topan con resistencias que evidencian y se oponen a sus prácticas de producción. Un ejemplo de ello son los CSA.

### **Conflictos socioambientales y *Atlas de justicia ambiental***

Fruto de la destrucción del ambiente y como respuesta a la actividad de las CTN, emergen actores no gubernamentales que resisten a la degradación o pérdida de su salud, sus medios de subsistencia o su identidad. Las comunidades rurales, indígenas y ciudadanas se convierten en una creciente oposición a la embestida del capital contra la naturaleza, encarnada en las CTN. “Las luchas territoriales se han convertido en una de las principales batallas contrahegemónicas en el mundo” (Toledo, 2015: 45).

Frente a la proliferación de estos escenarios, se recurre al concepto de “conflictos socioambientales” para su estudio. Los CSA son definidos como: “movilizaciones de comunidades locales y movimientos sociales, los cuales pueden incluir el apoyo de redes nacionales o internacionales contra determinadas actividades económicas, la construcción de infraestructura y la gestión/contaminación de residuos, en las que los impactos ambientales son un elemento clave de las quejas” (Temper *et al.*, 2015). En la actualidad, las causas de los CSA se centran, sobre todo, en “la afectación o el riesgo de afectación socioambiental que generan las modalidades de apropiación y explotación en la era global-neoliberal” (Paz Salinas, 2012: 28). Los CSA ponen en evidencia algunas de las riquezas naturales utilizadas por las corporaciones transnacionales, así como los riesgos para la subsistencia de la vida humana y no humana que su actividad representa.

Ante la creciente visibilización de la embestida del capital sobre el territorio, no sorprende que los conflictos socioambientales también cobren mayor espacio en los medios de comunicación y en la investigación. De manera gradual, se crean instrumentos más complejos y con más información para el estudio de los CSA, por ejemplo, las herramientas creadas para documentar, sistematizar y visibilizar los conflictos socioambientales en el mundo, como el *Atlas de justicia ambiental* coordinado por Joan Martínez-Alier y Leah Temper en el Instituto de ciencia y tecnología de la universidad autónoma de Barcelona.<sup>1</sup>

El EJAAtlas tiene como propósito documentar y catalogar los conflictos sociales en torno a cuestiones ambientales ante las injusticias infligidas por las actividades empresariales y estatales. Su objetivo es visibilizar los reclamos y testimonios, así como ofrecer información para aquellos que trabajan temas de justicia ambiental (Temper *et al.*, 2018). El EJAAtlas se basa en el trabajo de un gran número de colaboradores: académicos, ciudadanos, comités informales, organizaciones no gubernamentales (ONG), activistas, entre otros. Por el momento, el proyecto de Martínez-Alier y Temper cuenta con el financiamiento del Consejo europeo de investigación y del Consejo internacional de ciencias sociales (una organización no gubernamental asociada a la UNESCO).

Dado que la información proporcionada por el EJAAtlas es extensa y diversa, su impacto también es amplio. Esta herramienta se utiliza en distintos campos como el activismo ambiental, el periodismo, la investigación académica, la enseñanza universitaria de distintas disciplinas e incluso en la economía empresarial (Martínez-Alier, 2020). Por cada conflicto socioambiental, el EJAAtlas genera una localización en un mapa interactivo, acompañado de una ficha informativa con los datos del conflicto:

---

<sup>1</sup> Sitio del EJAAtlas: <https://ejatlas.org/?translate=es>.

nombre y descripción del conflicto, ubicación, fecha de inicio, nombre de las compañías, investigación académica, empresas estatales, actores gubernamentales y organizaciones de justicia ambiental involucradas –cuando sea el caso–, así como una clasificación del conflicto según sus impactos –ambientales, en la salud y socioeconómicos– y por su tipo. Los 10 principales tipos de conflictos socioambientales son: nuclear; minerales y materiales para la construcción; manejo de residuos; conflictos de biomasa y tierra; combustibles fósiles y justicia climática/energética; manejo del agua; infraestructura y entorno construido; recreación turística; conflictos de conservación de la biodiversidad; conflictos industriales y de servicios públicos.

### **EJAtlas, conflictos socioambientales en México y corporaciones transnacionales**

Para el caso de México, el EJAtlas documenta 149 CSA, que representan 4.3% de la cantidad total de casos en el mundo (3 437).<sup>2</sup> De estos 149 CSA en México, 87 tienen o tuvieron entre sus actores involucrados a una corporación transnacional (59% del total). El periodo en que estos conflictos tuvieron lugar va de 1965 a 2020; 25 de ellos son clasificados bajo el estatus de “conflicto detenido” y 14 de ellos como “conflicto terminado”, por lo que se documentan 48 CSA activos.

Las entidades federativas que concentran mayor número de CSA con corporaciones transnacionales involucradas son: Yucatán (9), Zacatecas (8), Puebla (8), Oaxaca (6) e Hidalgo (5). Estos 5 estados concentran 41% de los CSA, a pesar de que hay registro de ellos en 26 de las 32 entidades federativas (Tabla 1). Cabe resaltar que en

---

<sup>2</sup> Al ser el *Atlas de justicia ambiental* una herramienta colaborativa en constante elaboración, nuevos conflictos se añaden de manera continua (o se modifican los ya existentes), por lo que el número de conflictos socioambientales documentados para México puede cambiar de un día para otro, al igual que sus datos. La información aquí mostrada corresponde al día 5 de marzo de 2021.

la tabla se excluyó un CSA cuyo registro de localización en el EJAAtlas que se presenta a nivel federal: la lucha contra el maíz transgénico.

**Tabla 1. Ubicación de los CSA en México con participación de corporaciones transnacionales, 1965 a 2020**

<b>Ubicación</b>	<b>Cantidad</b>	<b>Ubicación</b>	<b>Cantidad</b>
Yucatán	9	Nuevo León	2
Zacatecas	8	Baja California	2
Puebla	8	Baja California Sur	2
Oaxaca	6	Quintana Roo	2
Hidalgo	5	Chihuahua	2
Campeche	4	Michoacán	2
Sonora	4	Guanajuato	2
San Luis Potosí	4	Jalisco	2
Estado de México	3	Chiapas	2
Guerrero	3	Tabasco	1
Morelos	3	Veracruz	1
Coahuila	3	Colima	1
Ciudad de México	3	Tlaxcala	1

Fuente: Elaboración propia con datos del *Atlas de justicia ambiental* (2021).

Los CSA en México en los cuales participa una corporación transnacional son de carácter muy diverso. De las 10 categorías establecidas por el EJAAtlas, nueve son ocupadas para los casos en México (Tabla 2). Los relacionados con minerales y materiales para la construcción, así como combustibles fósiles y justicia climática, suman 55 CSA,

más de la mitad del total de la muestra (87). Les siguen los relacionados con la construcción de infraestructura y entorno construido (9). Por otro lado, no se documenta ningún CSA relacionado con energía nuclear que cuente con participación de CTN.<sup>3</sup>

**Tabla 2. Tipo de CSA en México con participación de corporaciones**

<b>Tipo de CSA</b>	<b>Cantidad</b>
Minerales y materiales para la construcción	32
Combustibles fósiles y justicia climática/energética	23
Infraestructura y entorno construido	9
Manejo de residuos	7
Manejo del agua	6
Conflictos de biomasa y tierra	6
Recreación turística	2
Conflictos de conservación de la biodiversidad	1
Conflictos industriales y de servicios públicos	1
Nuclear	0

Fuente: Elaboración propia con datos del *Atlas de justicia ambiental* (2021).

La concentración de los CSA en las dos primeras categorías de la tabla guarda relación con la ubicación de estos. En Yucatán, la mayoría de los CSA están relacionados con la generación de energía renovable; por un lado, las autoridades de esta entidad federativa impulsan la transición a las “energías limpias” (EF Península, 2019) y, por el otro, la costa yucateca fue calificada por la Secretaría de energía como

---

<sup>3</sup> La única planta nuclear del país es propiedad de la Comisión Federal de Electricidad, empresa productiva del estado.

una zona con un “gran potencial de energía solar y/o eólica” (Sener, 2021). Por su parte, Zacatecas es reconocida históricamente como una de las entidades federativas con mayores yacimientos minerales, por lo que no sorprende que la mayoría de sus CSA estén clasificados en la categoría de “minerales y materiales para la construcción”. En el caso de Puebla, los CSA documentados en su territorio son de diversas categorías, aunque el mayor número de ellos también están relacionados con minerales y materiales para la construcción.

Las CTN que se encuentran involucradas en mayor número de CSA son aquellas que se dedican a la minería y la construcción, así como a los combustibles fósiles, tales como Grupo México (7), Petróleos mexicanos (Pemex) (7), ICA (5), Cementos de México (Cemex) (4) y Carso Infraestructura y Construcción (CICSA) de México – perteneciente a Grupo Carso– (3). Cabe resaltar que estas son corporaciones transnacionales mexicanas (Tabla 3). Después, aparecen empresas de capital extranjero dedicadas a la minería, a las energías renovables y la biotecnología; estas son: Goldcorp (3), Monsanto (3), Iberdrola (3) y Enel (3).

Los actores gubernamentales están presentes en casi todos los CSA en México. De los 87 conflictos analizados, solo uno de ellos no reporta la intervención de algún actor gubernamental. Los actores gubernamentales que aparecen involucrados en mayor número de conflictos son: la Secretaría del medio ambiente y recursos naturales (Semarnat) (46), la Procuraduría federal de protección del medio ambiente (Profepa) (23), la Secretaría de energía (Sener) (12) y la Comisión nacional del agua (Conagua) (10). En muchos de los CSA, los gobiernos estatales y municipales también están presentes. Cabe destacar que, con los datos disponibles, no es posible encontrar alguna corre-

lación entre la participación de instancias de gobierno con los tipos de CSA o las CTN involucradas. Lo anterior, a pesar de las distinciones que estos CSA puedan tener debido al tamaño de las CTN que participan o del financiamiento, de los tipos de recursos en disputa, etc.

**Tabla 3. Principales corporaciones transnacionales presentes en CSA en México, 1965-2020**

Nombre de la corporación	Número de CSA	País sede
Petróleos mexicanos (Pemex)	7	México
Grupo México	7	México
ICA	5	México
Cementos de México	4	México
Carso Infraestructura y Construcción (CICSA)	3	México
Goldcorp	3	Canadá
Monsanto	3	Estados Unidos
Iberdrola	3	España
Enel	3	Italia

Fuente: Elaboración propia con datos del *Atlas de justicia ambiental* (2021).

De igual manera, las organizaciones de la sociedad civil y las organizaciones internacionales participan ampliamente en los CSA en México. De los 87 conflictos de la muestra, 11 son caracterizados como conflictos terminados o detenidos en los cuales hubo justicia ambiental; todos ellos, a excepción de uno, contaron con la asistencia de organizaciones de la sociedad civil o de organizaciones internacionales —ya sea gubernamentales o no gubernamentales—. Tres de las organizaciones internacionales involucradas en los conflictos que culminaron de manera exitosa para las comunidades o ciudadanos en resistencia son: Amnistía Internacional, la

Organización de las naciones unidas para la educación, la ciencia y la cultura (UNESCO, por sus siglas en ingles) y la Oficina del alto comisionado de las naciones unidas para los derechos humanos (ACNUDH).

Finalmente, las instituciones financieras están involucradas en cinco CSA; estos casos corresponden a megaproyectos de infraestructura –como el Tren Maya y el Proyecto Integral Morelos–, así como a proyectos de energías renovables y construcción con participación de gran cantidad de corporaciones transnacionales –tal es el caso del Corredor eólico en el Istmo de Tehuantepec, el Proyecto Inmobiliario City center en Guanajuato y el Parque Solar Villanueva en Coahuila–. Las instituciones financieras más relevantes involucradas son: Banco Mundial (BM), Banco Interamericano de Desarrollo (BID), Banco Nacional de Comercio Exterior (Bancomext) y Banco Nacional de México (Banamex).

Un CSA que reúne todos los elementos destacados de las variables analizadas –ubicación, tipo, CTN involucradas, actores gubernamentales, organizaciones de la sociedad civil o internacionales, así como instituciones financieras– es el Corredor Eólico en el Istmo de Tehuantepec, que, hasta la fecha, se encuentra sin concluir. El potencial eólico que ofrece la parte sur del istmo por la existencia de un corredor de viento entre el Golfo de México y el Golfo de Tehuantepec ha propiciado la instalación de parques eólicos desde 2004. Sin embargo, desde su instalación estos parques han despertado preocupación por “la disrupción del territorio, las economías locales y las identidades sociales” de grupos Zapotecos y Huaves que habitan la zona, así como por los impactos ambientales que generan. De esta forma, organizaciones locales como la Asamblea de Pueblos indígenas del Istmo en defensa de la tierra y el territorio (APIIDTT) se han articulado con organizaciones internacionales de distintos

países para oponerse a los proyectos de energía eólica en la región; incluso, han utilizado la expresión “neocolonialismo” para denominarlos. Las empresas involucradas en este CSA –ya sea porque son generadoras de energía eólica en la zona o porque hacen uso de esta energía– son Iberdrola, Electricité de France, Enel, Acciona, Grupo México, Industrias Peñoles, Coca-Cola FEMSA, Gamesa Eólica y CEMEX. A la postre, diversas instituciones financieras internacionales y nacionales han invertido en los proyectos energéticos en el Istmo, tales como BM, BID, Bancomext y el Banco europeo de inversiones (EIB por sus siglas en inglés). Finalmente, los actores gubernamentales que han intervenido son Semarnat, Sener, el gobierno federal, el gobierno estatal de Oaxaca, entre otros.

## **Conclusión**

La destrucción del ambiente efectuada por las corporaciones transnacionales es producto del desarrollo histórico capitalista, lo que las convierte en agentes preminentes en este ámbito. En este contexto, los conflictos socioambientales CSA se presentan en muchas ocasiones como una respuesta a las dinámicas destructivas del ambiente y/o la propiedad, gestión o uso de los recursos naturales por parte de las CTN. El escenario en México da cuenta de esta situación: las CTN están presentes en 59% de los CSA.

En cuanto a las características de los CSA en México. La mayoría de ellos responden a actividades relacionadas con la minería, la generación de energías fósiles o renovables y la construcción de infraestructura. Las entidades federativas que registran mayor cantidad de conflictos, así como el giro de las corporaciones que están involucradas en más casos, dan cuenta de esta concentración. De igual manera, estos tipos de CSA son los que cuentan con participación de instituciones financieras.

Por un lado, las CTN que se encuentran mayormente involucradas en CSA en México son aquellas en las que predomina el capital nacional; estas se dedican principalmente a la minería y la construcción. Destaca la participación de Pemex, empresa productiva del Estado mexicano y Grupo México, ya que solo estas dos CTN participan en 16% de los CSA. Por otra parte, las CTN con capital extranjero más involucradas están orientadas, especialmente, a la producción de energías renovables. Un caso singular dentro de las CTN participantes es Monsanto –cuyo giro es la biotecnología–, dado que es la única involucrada en un CSA que alcanza el nivel federal: la lucha contra el maíz transgénico.

Finalmente, los actores gubernamentales, así como las organizaciones de la sociedad civil e internacionales, intervienen en gran parte los CSA en México. Respecto a estos dos últimos agentes, el caso de México apunta que podrían ser un contrapeso importante de las corporaciones transnacionales, ya que asistieron a casi todas las comunidades que han alcanzado objetivos de justicia ambiental en el país.

## **Bibliografía**

EF Península [2019], “Yucatán busca ser la primera entidad autosuficiente en energías renovables”, *El Financiero*, México, 7 de junio, <https://www.elfinanciero.com.mx/peninsula/yucatan-busca-ser-la-primer-entidad-autosuficiente-en-energias-renovables/>.

Enciso, Angélica [2021], "Proyectos mineros amenazan 59 áreas naturales protegidas", *La Jornada*, México, 8 de abril, <https://www.jornada.com.mx/2021/04/08/politica/014n1pol>.

- Martínez Alier, Joan [2020], “Una experiencia de cartografía colaborativa. El Atlas de Justicia Ambiental”, *Nuso*, núm. 286, Marzo-Abril 2020, <https://nuso.org/articulo/una-experiencia-de-cartografi-colaborativa/>.
- Ornelas, Raúl [2020], “Las corporaciones trasnacionales en la economía mundial”, Raúl Ornelas, coord., *Estrategias para empeorarlo todo*, México, UNAM-IIIEC. pp. 99-145.
- Paz Salinas, María Fernanda [2012], “Deterioro y resistencias. Conflictos socioambientales en México”, Darcy Tetreault *et. al.*, coord., *Conflictos socioambientales y alternativas de la sociedad civil*, Guadalajara, ITESO, pp. 27-47.
- Petitjean, Olivier [2015], “¿Las multinacionales son compatibles con el clima?”, *Pasarelle*, Ritimo, (13):31-36.
- Reyes, Cristóbal y Josué García [2020], “Las corporaciones trasnacionales en el centro de la destrucción del ambiente en el siglo XXI. El caso de la industria petrolera”, Raúl Ornelas, coord., *Estrategias para empeorarlo todo*, México, UNAM-IIIEC. pp. 315-359.
- Sapinski, Jean Philippe [2015], “Climate Capitalism and the Global Corporate Elite Network”, *Environmental Sociology*, Londres, 1(4): 249-268.
- Secretaría de Energía, *Atlas nacional de zonas con alto potencial de energías limpias*, <https://dgel.energia.gob.mx/azel/mapa.html?lang=es>, 28 de mayo de 2021.
- Temper, Leah *et al.* [2015], “Mapping the Frontiers and Front Lines of Global Environmental Justice: The EJAtlas”, *Journal of Political Ecology*, Universidad de Arizona, 22: 255-278, [http://jpe.library.arizona.edu/volume\\_22/Temper.pdf](http://jpe.library.arizona.edu/volume_22/Temper.pdf).
- Temper, Leah *et al.* [2018], “The Global Environmental Justice Atlas (EJAtlas): Ecological Distribution Conflicts as Forces for Sustainability”, *Sustainability Science*, 13(3): 573-584.

Tetreault, Darcy, *et al.* [2012], *Conflictos socioambientales y alternativas de la sociedad civil*, México, ITESO. 284 pp.

Toledo, Víctor M. [2015], *Ecocidio en México. Los pueblos en movimiento*, México, Grijalbo. 176 pp.

Usi, Eva [2020], "México: ríos muertos con tal de atraer inversión", *Deutsche Welle*, Bonn, 18 de noviembre, <https://p.dw.com/p/3lUfT>.

Velázquez, Karina [2021], "En México no falta agua, sobra chatarra", *Bocado*, febrero, <https://bocado.lat/en-mexico-no-falta-agua-sobra-chatarra/>.

Vergara, Rosalía [2019], "Semarnat tiene registrados 560 conflictos socioambientales", *Proceso*, 4 de septiembre, <https://www.proceso.com.mx/nacional/2019/9/4/semarnat-tiene-registrados-560-conflictos-socioambientales-230608.html>.



Invitamos a quienes nos leen a que visiten la sección *Megaproyectos* del sitio del Observatorio Latinoamericano de Geopolítica:

<https://geopolitica.iiec.unam.mx/megaproyectos>

Algunos contenidos recientes:

Nota de prensa del Seminario Impactos socioambientales del Tren Maya.

Seminario Impactos socioambientales del proyecto Tren Maya.

Entrevista para Al Jazeera con Ana Esther Cecaña sobre las implicaciones geopolíticas del Corredor Interoceánico del Istmo de Tehuantepec.

## En síntesis

*En esta sección se presentan los resultados del trabajo de lectura y fichado del LET. Las fichas completas se encuentran en la página del LET.*

*Vania Valeria Álvarez Gaona \**

**P**revio a la pandemia de Covid-19, en el mundo ya se desarrollaba un proceso que podría transformar el orden mundial como lo conocemos: la disputa hegemónica entre Estados Unidos y China; proceso que se recrudece a lo largo de 2021, en el cual Rusia se presenta como el principal aliado de China para poner fin al poder estadounidense.

*The New York Times* señala que en 2021 la disputa entre Estados Unidos y los gigantes asiático y euroasiático llegó a un punto sin precedentes en el siglo XXI; las relaciones diplomáticas de Estados Unidos con China y Rusia son las más tensas desde 1989, lo que provoca que la actual competencia por la hegemonía evoque a la Guerra Fría y, además, abre nuevos escenarios de conflicto entre las tres potencias.

Un rasgo fundamental de la actual disputa por la hegemonía es la alianza entre China y Rusia. Se trata de una cooperación que hace uso del *smart power* o poder inteligente sino-ruso, una combinación entre poder duro y poder suave. De acuerdo con el Centro mexicano de relaciones internacionales, un ejemplo del *smart power* sino-ruso se encuentra en la dependencia europea del gas natural ruso y en las fuertes inversiones de China en la región, los cuales limitan la toma de decisiones para conseguir una integración económica europea y aumentan las presiones estadounidenses sobre su aliado, hecho que lleva a una gran capacidad de negociación y a la expansión

---

\* Estudiante de la Licenciatura en relaciones internacionales, UNAM. Correo electrónico: [valeriagaona@politicamex.unam.mx](mailto:valeriagaona@politicamex.unam.mx).

de la influencia sino-rusa en el continente europeo, lo que posiciona a esta alianza como una amenaza para Estados Unidos. La competencia entre las tres potencias se puede ubicar en los ámbitos que refieren al *smart power*: militar, económico, tecnológico y político, con la adición del ámbito medio ambiental.

En el ámbito militar, las tensiones entre Estados Unidos y la alianza sino-rusa no se han traducido en conflictos armados; no obstante, se toman acciones que alteran la industria del armamento, así como acciones que tienen el potencial de generar cambios geopolíticos a nivel internacional. Sobre todo, se hacen análisis sobre la posibilidad de un conflicto nuclear entre esas potencias.

En el primer caso, desde principios de 2021, China mostró intenciones de reducir su exportación de tierras raras a Estados Unidos; esta decisión, podría presentar un grave problema para la nación norteamericana ya que su industria de defensa depende de los metales que exporta China para la fabricación de armamento, como el avión de combate F-35; la reducción de la producción de esta aeronave no solo afectaría a Estados Unidos, sino también al mercado chino.

En lo referente a la geopolítica global, la cooperación sino-rusa logró aventajar a otras naciones en la explotación del Ártico. Las características geográficas rusas, el poder de la flota de rompehielos rusa, sumada a la tecnología y capacidad de decisión china en organismos internacionales, lograron que los gigantes asiático y euroasiático se encaminen a tener el control sobre este espacio vital para el tránsito marino y para la extracción de recursos como el petróleo y el gas natural. Dentro de este espectro, también se puede situar la disputa espacial. En años recientes inició una nueva carrera espacial entre Estados Unidos y China que, en marzo de 2021, anunció una alianza con Rusia para desarrollar de manera conjunta la construcción de una estación internacional de investigación científica en la Luna, en un proyecto que busca posicionarse como un programa alternativo de exploración y explotación espacial.

En respuesta al creciente poder sino-ruso, el almirante Charles A. Richard, colaborador del U.S. Naval Institute Journal, afirmó que en Estados Unidos “los militares deben considerar la posibilidad de una competencia entre grandes potencias, una crisis o un conflicto armado directo con capacidad nuclear”. Asimismo, indicó que los militares estadounidenses deben prepararse y modernizarse ante un posible conflicto nuclear con sus más grandes adversarios. Esto es una muestra de que las potencias nucleares están cada vez más conscientes del posible estallido de un conflicto bélico si se toman en cuenta las acciones militares que Estados Unidos realiza en el Mar de China Meridional, así como los Exercise Cold Response entre Estados Unidos y la OTAN en Noruega, y los Vostok, en los que China se unió a Rusia en ejercicios militares en la región este de Rusia y Siberia.

En el ámbito económico, Rusia no es una amenaza para la economía estadounidense; no obstante, China se posiciona como el principal competidor de Estados Unidos: se estima que, para finales de los años veinte del siglo XXI, el gigante asiático se convierta en el país con el mayor producto interno bruto del mundo. Ello le permitiría construir un ejército más poderoso y ser líder mundial en tecnología para 2049, demostrando que la conjunción entre poder económico y poder tecnológico es fundamental para establecer un liderazgo global.

De acuerdo con los especialistas en ciberseguridad nacional, Christopher Darby y Sarah Sewall, el máximo exponente de la rivalidad entre Estados Unidos y China es la disputa por el dominio tecnológico, especialmente por la influencia en el ciberespacio y en la innovación tecnológica. Comparado con su contraparte estadounidense, el gigante asiático ha realizado grandes inversiones para el desarrollo de inteligencia artificial (IA), robótica, microelectrónica, energías verdes, 5G, entre otras actividades de alta tecnología. Ello provocó que Estados Unidos tome acciones en contra de

China, llevando la disputa entre las dos potencias a una guerra no tradicional, marcada por la creación de una “lista negra” de empresas y por ciberataques.

En un proceso que inició durante la administración de Donald Trump, se restringió el acceso a la tecnología estadounidense a algunas compañías chinas; la administración de Joe Biden agregó empresas chinas a la “lista negra” que prohíbe a empresas estadounidenses vender sus productos, bajo el argumento de que las compañías señaladas trabajan con la milicia china para desarrollar armas de destrucción masiva, así como para robar tecnología estadounidense y permitir que las fuerzas armadas chinas sea tan poderosas como las estadounidenses. En respuesta, en marzo de 2021, China dio a conocer su nuevo plan quinquenal, donde expresó su intención de convertirse en una súper potencia de innovación tecnológica de manera independiente; es decir, sin utilizar productos de Estados Unidos y sus aliados, en un proceso que implicará un desafío para China, sobre todo en el campo de los microchips.

En lo referente al ciberespacio, la alianza sino-rusa se muestra activa con ciberataques desde el inicio de la administración Biden, prueba de ello son los SolarWinds hack y el hackeo a los sistemas de correo electrónico de Microsoft. El primero, orquestado por Moscú y el último, orquestado por China, fueron ataques cibernéticos que ponen en juego no solo la capacidad del gobierno estadounidense de responder a sus rivales, lo que desata debates en Washington acerca de si el gobierno de Biden necesita tomar represalias más allá de la imposición de sanciones económicas; si no que expusieron las vulnerabilidades de los sistemas y empresas de Estados Unidos para defenderse de actividades de espionaje, robo de información y daños a infraestructuras. Estados Unidos prometió tomar represalias a través de la imposición de sanciones económicas y la realización de represalias cibernéticas.

En el ámbito político, de acuerdo con *The New York Times*, China y Rusia forman una “alianza de autocracias” en contra de Estados Unidos, en donde China se ha

convertido en líder de los países opositores al régimen estadounidense. Comenzó una disputa en la comunidad internacional que busca desafiar el orden mundial liderado por Estados Unidos, como consecuencia se incrementó la división ideológica entre los partidarios de Estados Unidos y los de China, división del mundo que Joe Biden reconoció el 25 de marzo de 2021 al declarar que Estados Unidos se encuentra en “una batalla entre la utilidad de las democracias en el siglo XXI y las autocracias”. La alianza sino-rusa se enfoca en defender la primacía de Beijing en los organismos internacionales; no solo busca un mayor apoyo a China, también aumentan las críticas a Estados Unidos por presentarse como un estandarte de democracia y derechos humanos a pesar de sus múltiples intervenciones militares en diversos países, de su historia de violación de derechos humanos y de su mal manejo de la reciente pandemia.

A diferencia de estos ámbitos, en los que se acentúa la competencia entre Estados Unidos y la alianza sino-rusa, el ámbito medio ambiental se convirtió en un espacio de cooperación entre China y Estados Unidos, porque la potencia asiática es indispensable para salvar al mundo de una catástrofe climática. En este sentido, el 17 de abril de 2021, Estados Unidos y China anunciaron acuerdos para combatir el cambio climático, en una cooperación que busca desarrollar estrategias a largo plazo que logren la neutralidad de carbono. Según los reportes de la cumbre virtual contra el cambio climático que organizó Joe Biden, tanto Estados Unidos como China se comprometieron a reducir sus emisiones de gases de efecto invernadero. Sin embargo, a pesar de las muestras de cooperación, es necesario mencionar que aún existen rasgos de competencia en este ámbito; ejemplo de ello es que Estados Unidos y China tienen a la recriminación mutua respecto al daño medioambiental; así como Beijing presenta una disposición a trabajar con su contraparte estadounidense siempre y cuando esta “deje de interferir en los asuntos internos de China”.

Este recuento general sobre los últimos hechos relevantes de la actual competencia por la hegemonía mundial pone en claro que nos encontramos ante un proceso que podría modificar la balanza de poder mundial y cambiar los valores y mecanismos bajo los que se rige la comunidad internacional. Ante un panorama variable que presenta giros con cada decisión que se toma en las naciones en disputa, lo único seguro es cada día el mundo presenta más divisiones en un contexto en donde la cooperación es más necesaria que nunca.

Nuestros lectores hallarán más información sobre estos temas en las siguientes fichas de LET:

<http://let.iiec.unam.mx/node/3422>

<http://let.iiec.unam.mx/node/3321>

<http://let.iiec.unam.mx/node/3356>

<http://let.iiec.unam.mx/node/3321>

<http://let.iiec.unam.mx/node/3401>

<http://let.iiec.unam.mx/node/3436>

<http://let.iiec.unam.mx/node/3377>

<http://let.iiec.unam.mx/node/3477>

<http://let.iiec.unam.mx/node/3371>

<http://let.iiec.unam.mx/node/3422>

<http://let.iiec.unam.mx/node/3360>

<http://let.iiec.unam.mx/node/3452>

<http://let.iiec.unam.mx/node/3394>

<http://let.iiec.unam.mx/node/3501>

<http://let.iiec.unam.mx/node/3387>